

EL COJO ILUSTRADO

AÑO III

1º DE JUNIO DE 1894

Nº 59

PRECIO
SUSCRICIÓN MENSUAL B. 4
UN NÚMERO SUELTO.. B. 2

EDITORES PROPIETARIOS
J. M. HERRERA IRIGOYEN Y C.A.
EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICIÓN BIMENSUAL
DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA



MIEDO. — Cuadro de Ehrlich

EL PEDAZO DE PAN

CUENTO

El joven duque de Hardimont se encontraba en Aix, en Saboya, haciendo que tomase las aguas su famosa yegua *Périchoule* que se había puesto asmática con «el calor y el frío» que había cogido en el Derby. Acababa de almorzar, cuando echando una mirada distraída sobre el periódico, leyó en él la noticia del desastre de Reichshoffen.

Vació el vaso de *chartreuse*, colocó la servilletera sobre la mesa del restaurante, dió orden á su ayuda de cámara de hacer las maletas, tomó dos

retorcidas bajo sus mallas de serosas negras, el juego del tonel derribado, el columpio, cuyas cuerdas mojadas hacía rechinar el viento húmedo, y los letreros de junto á la puerta, arrañados por las balas, *Gabinetes para reuniones*.—*Absenta*.—*Vermouth*.—Vino á 60 céntimos litro, formando una orla alrededor de un conejo muerto, pintado sobre dos tacos de billar atados en cruz con una cinta, todo recordaba con ironía cruel la alegría popular de los domingos de otro tiempo. Y sobre todo esto, un feo cielo de invierno por donde rodaban espesas nubes de color de grafito, un cielo bajo, amenazador, roncos.

A la puerta de la taberna, el joven Duque se mantenía inmóvil, con su chassepot terciado á la espalda, su kepis sobre los ojos, las manos entumecidas en los bolsillos del rojo pantalón y tiri-

traba. Era un mozo alto y seco, de muy mal cuerpo, con ojos de calenturiento y barbas de hospitalario, y tan flaco que se le dibujaban los omoplatos bajo el paño de su rafado capote.



horas después el expres de París, y corrió á la oficina de enganche á alistarse en un regimiento de línea.

Por más que de diez y nueve á veinticinco años se haya hecho la vida enervante del *petit cervé*—era la frase de entonces;—por más que se haya uno embrutecido en las cuadras de los hipódromos, en los gabinetes de las cantantes de opereta, llega un día en que no puede olvidarse que Enguerrand de Hardimont murió de la peste en Túnez el mismo día que San Luis; que Juan de Hardimont mandó las compañías á las órdenes de Duguesclin, y que Francisco Enrique de Hardimont perdió la vida en una carga de Fonteno con la Maison-Rouge. Por más disgustado que le tuviesen sus escandalosos y estúpidos amores con Lucy Violette, la *prima-donna* del teatro de las *Nudités-Parisiennes*, el joven Duque, al saber que los franceses habían perdido una batalla en territorio francés, sintió que la sangre le subía al rostro, y experimentó la horrible impresión de una bofetada.

Por esto es por lo que en los primeros días de noviembre de 1870, de vuelta en París, con su regimiento que formaba parte del cuerpo de ejército mandado por Vinoy, Enrique de Hardimont, fusilero de la «tercera» del «segundo» y miembro del Jockey, estaba de guardia con su compañía ante el reducido de Hautes-Bruyères, posición apresuradamente fortificada y protegida por la artillería del fuerte de Bicêtre.

El sitio era siniestro: un camino plantado de brezos, destruido por baches de lodo, qué atravesaba los mustios campos de los contornos, y á su orilla una taberna abandonada, de arcos de hierro, donde los soldados habían instalado sus puestos. Pocos días antes había habido allí un combate: la metralleta había partido en dos algunos de los árboles del camino, y todos llevaban en su corteza las blancas cicatrices de los tiros. En cuanto á la casa, su aspecto hacia extremer; una granada había hundido el tejado; y las paredes, de color de heces de vino, parecían pintarrajeadas con sangre. Los hierros del senador.

tando debajo de la pelleja de carnero. Aquel soldado de la derrota se abandonaba á sus sombrías meditaciones y miraba con dolor la línea de colinas que se perdía entre la niebla, de donde á cada instante se escapaba, con una detonación, el blanco penacho de humo de un cañonazo de los Krupp.

De repente sintió que tenía hambre.

Puso una rodilla en tierra, y sacó del saco, apoyado junto á él en la pared, un gran pedazo de pan de munición; luego, como se le había perdido la navaja, le dió un mordisco y empezó á comer lentamente.

Pero después de algunos bocados no quiso más; el pan era duro y amargaba. ¡Y decir que hasta el reparto del día siguiente no lo habría tierno, y eso si á la Intendencia le daba la gana! Vamos, que á veces el oficio era penitoso. Y para consuelo se le representaban ahora lo que él llamaba sus almuerzos higiénicos, cuando al día siguiente de una cena algo demasiado excitante, se sentaba frente á una ventana del piso bajo en el Café Inglés, y se hacía servir, ¿qué diré yo? la menor friolera, una chuleta, huevos revueltos con puntas de espárragos, y cuando el encargado de los vinos, que conocía sus gustos, apoyaba sobre el mantel y destapaba con precaución una fina botella de rancio *leoville*, dulcemente reclinada en un canastillo, ¡cásptá! ¡cásptá! aquel era buen tiempo, ni más ni menos, y él no se acostumbraría jamás al pan de la miseria.

Y en un momento de impaciencia, el joven arrojó al lodo el pan que le quedaba.

En el mismo momento salía un soldado de la taberna; se bajó, recogió el pedazo de pan, se alejó algunos pasos, limpió el pan con la manga de la levita, y se puso á devorarlo con ansia.

Enrique de Hardimont, estaba ya avergonzado de lo que había hecho, y contemplaba con lástima al pobre diablo que tan buen apetito demos-

—Parece que hay apetito, camarada—dijo—acercándose al soldado.

—Como ves—respondió éste—la boca llena.

—Dispónsame, chico. Si hubiese sabido que podías gustarte, no lo hubiera tirado.

—Nada hay perdido, bah—replicó el soldado.—No tengo tantos ascos.

—No importa—dijo el aristócrata;—lo que he hecho, no está bien, y me arrepiento; pero no quiero que formes de mí mal concepto, y como tengo cognac rancio en mi cantimplora....., ¡carnario! vamos á beber juntos un trago.

El soldado había acabado de comer. El Duque y él bebieron un trago de aguardiente, y quedaron amigos.

—¿Y tú te llamas?—preguntó el soldado.

—Hardimont—contestó el Duque, suprimiendo el título y la particula..... ¿Y tú?

—Juan-Victor..... Acabo de ser alta en la compañía..... Salgo de la ambulancia..... Me hicieron en Châtillon. ¡Ah! ¡y qué bien se estaba en la ambulancia! y el enfermero nos daba buen caldo de caballo..... Pero como yo no tenía más que un arañazo, el Mayor me firmó la salida y me fastidió, porque ahora, vuelta á reventar de hambre..... Porque que me creas que no, compañero, aquí donde me ves, en toda mi vida se me ha quitado el hambre.

La palabra era horrible, dicha á un epicúreo que hacia un momento echaba de menos la cociña del Café Inglés, y el Duque de Hardimont miró á su camarada con un asombro próximo al espanto. El soldado se sonrió dolorosamente, dejando ver sus dientes de lobo, dientes de hambruento, tan blancos entre el color terroso de su cara, y como si comprendiese que esperaban de él una confidencia, dijo, suprimiendo de repente el *tuteo*, sin duda por adivinar que hablaba con un rico y un dichoso:

—Mire U., vamos á pasearnos un rato por el camino para calentarnos los pies, y le contaré cosas que sin duda no ha oído nunca..... Yo me llamo Juan-Victor, Juan-Victor á secas, porque soy inclusivo, y mi único recuerdo agraciado son los días de mi niñez cuando estaba en el hospicio. En los dormitorios, nuestras camas tenían sábanas blancas; jugábamos en un jardín debajo de unos árboles muy grandes, y había allí una hermana de la caridad, muy joven, pálida como una vela (porque estaba tísica), que me distinguía mucho, y con la que me gustaba más pasearme que jugar con los otros niños, porque me estrechaba contra su pecho, y ponía sobre mi frente su mano ardiente y flaca..... ¡Pero á los doce años, después de la primera comunión, ya nada más que miseria! La Administración me puso de aprendiz con un sillero de viejo del arra-

b al de Santiago. Eso no es un oficio, ya sabe U.; es imposible ganarse con ello la vida; y la prueba es que las más de las veces el maestro no podía tomar de aprendices más que á los pobres chicos que salen del Asilo de ciegos jóvenes. Pues allí es donde empecé á sentir el hambre. El maestro y la maestra, dos viejos de Limoges que murieron asesinados, eran dos avaros atroces, y en cuanto nos cortaban una rebanadita de pan para la comida, le encerraban bajo llave. Por la noche, á la cena, había que ver á la maestra con su cofia negra servirnos la sopa, dando un suspiro cada vez que metía el cucharón en la sopa..... Los otros dos aprendices, los «ciegos jóvenes», eran los menos desgraciados; no los daban más que á mí; pero al menos no veían la mirada regañona de aquella vieja mala, cuando me alargaba el plato..... Y aquí estaba el mal; que yo tenía ya entonces un apetito atroz. ¿Tengo yo la culpa, vamos? Tres años pasé allí y aprendí con una gauza continua. ¡Tres años! El oficio se aprende en un mes; pero la Administración no puede saberlo todo, y no sospecha que se explota á los chicos. ¡Ah, usted se extraña de verme recoger el pan del barro? Es que estoy acostumbrado á hacerlo. ¡No he recogido pocas cortezas entre la basura! Y cuando estaban muy duras, las dejaba toda la noche en remojo en mi cubo..... A veces caían algunas gangas, hay que decirlo todo, como los pedazos de pan masticados por una punta que sacan los chicos de sus cabás y tiran á la calle cuando salen de la escuela. Yo procuraba andar por allí cuando iba á los recados..... Luego cuando salí de aprendiz, el oficio, como le decía á U., no me daba para alimentarme. Así es que me puse á otros, porque era duro para el trabajo, ¡vaya! Fui peón de albañil, mozo de almacén, limpiasuelos, ¿qué sé yo? Un día no había trabajo, otro perdía mi plaza. En una palabra: yo nunca comía lo necesario..... ¡Maldita sea!..... ¡Cuántas rabietas he pasado delante de las panaderías! Felizmente para mí, en aquellos momentos, siempre me acordado de mi buena hermana del hospicio, que tantas veces me aconsejaba que tuese bueno, y me ha parecido que sentía sobre mí frente el calor de su diminuta mano..... En fin, á los diez y ocho años sentí plaza..... U. lo sabe como yo; el soldado tiene lo preciso para no..... ¡Ahora, casi da risa, viene el sitio y el hambre! Ya veis que no he mentido cuando os decía que siempre, siempre he tenido hambre.

El joven Duque tenía buen corazón, y al escuchar aquella terrible queja, dicha por un hombre como él, por un soldado á quien el uniforme hacía su igual, se sintió profundamente conmovido. Y fue una suerte para su sangre fría de dandi que el viento de la noche secase en sus ojos dos lágrimas que acababan de empapiarlos.

—Juan-Víctor—dijo dejando á su vez de tutear al expósito por un instinto de delicadeza—si salimos los dos con vida de esta espantosa guerra, nos volveremos á ver y espero serle útil. Pero por el pronto, como en las avanzadas no hay más panadero que el cabo de servicio y como mi ración de pan es doble de la que necesita mi poco apetito, quedamos en que la repartiremos como buenos camaradas, ¡no es verdad?

Los dos soldados se dieron un buen apretón de manos. Luego, como la noche se acercaba y estaban fatigados de velas y alertas, entraron en la sala de la taberna donde una docena de soldados estaban tendidos sobre paja, y echándose uno al lado del otro, se durmieron profundamente.

A la media noche Juan-Víctor se despertó, probablemente con hambre. El viento había barrido las nubes, y un rayo de luna que penetraba en la taberna por un agujero del techo, iluminaba la rubia y graciosa cabeza del Duque, dormido como un Endimión. Todavía enternecidante la bondad de su camarada, Juan-Víctor le contemplaba con ingenua admiración, cuando el sargento del pelotón abrió la puerta y llamó á los cinco hombres que tenían que ir á revelar á los centinelas avanzados. El Duque era uno de ellos, pero no se despertó al oír su nombre.

—¡Hardimont, arriba!—volvió á decir el sargento.



—Si lo permite U., mi sargento—dijo Juan-Víctor levantándose—yo haré por él el servicio. ¡Está durmiendo tan á gusto! y es mi camarada.

—Como tú quieras.

Partieron los cinco hombres, y continuaron los ronquidos.

Pero á la media hora, se oyeron en el silencio de la noche, tiros repetidos y muy cercanos. En un momento se pusieron todos en pie; los soldados salieron de la taberna, andando con precaución, con el dedo en el gatillo del fusil, y mirando á lo lejos hacia el camino, iluminado por la luna.

—Pues, ¿qué hora es?—dijo el Duque.—Yo estaba esta noche de servicio.

Y uno le contestó:

—Ha ido Juan-Víctor por U.

En aquel momento se vió á un soldado que llegaba corriendo por el camino.



—¿Qué hay?—le preguntaron cuando se paró jadeando.

—Los prusianos atacan..... hay que replegarnos al reducido.

—¿Y los compañeros?

—Ahí vienen..... Sólo ese pobre Juan-Víctor.....

—¿Qué?—exclamó el Duque.

—Una bala en la cabeza le ha dejado teso..... Ni siquiera ha dicho jay!

Una noche del invierno pasado, á eso de las dos de la mañana, salió el duque de Hardimont del Círculo con su vecino el conde Saulnes; acababa de perder algunos cientos de luisas, y tenía algo de jaqueca.

—Si quiere U., Andrés—dijo á su compañero—nos volveremos á pie..... Necesito tomar el aire....

—Como U. guste, querido, por más que el piso está infernal.

Despidieron sus coches, se subieron el cuello de los abrigos y bajaron hacia la Magdalena. De pronto el Duque hizo rodar una cosa en que había tropezado con la punta de su bota, y era un mendrugo de pan manchado de barro.

Entonces, con gran estupefacción de M.^{de}



Saulnes, vió que el duque de Hardimont recogía el pedazo de pan, le limpiaba cuidadosamente con el pañuelo de escudo bordado, y le colocaba sobre un banco del boulevard, á la luz de un farol de gas, donde se viese bien.

—¿Qué está U. haciendo?—dijo el Conde echándose á retráctarse.—¿Se ha vuelto U. loco?

—Es en recuerdo de un pobre hombre que ha muerto por mí—respondió el Duque, cuya voz temblaba ligeramente.—No os riáis, amigo mío, si no queréis disgustarme.

FRANCISCO COPPEE.

QUE SERÁ?

(TRADUCCIÓN DE M. CARO)

Firmeza no hay en mí, ni peso leve,
Ni vida. Solicitan los pintores
Mi inanidad, á par de los colores,
Que mágica á los cuerpos da relieve.

Quien nada ve, me ve. Quien no se mueve,
No me mueve. Nací con los fulgores
Del sol; mido sus pasos voladores;
Hermana de la luz, la mato aleve.

Soy tuyá y no soy tuyá; voy contigo,
Mas si asimire preténdes, yo ligera
De tus burladas manos me desligo.

Impalpable y fugaz, muda y severa
Párate, y me detengo; andas, y sigo;
Yo te acompañó; mi mansión te espera.

"ROUGEON EL POLEMISTA"

(VIDA DE UN BOHEMIO)

NOVELA POR

ANTONIO PIETRI DAUDET

Editada en Amberes

Acaba de llegar á la Empresa El Cojo

NOCHE DE LUNA

Á MI PADRE

Era uno de esos horribles instantes que todos tenemos en la vida ; de esos que forman las páginas negras del libro de nuestra existencia ; de esos en que todo tiende á hundirnos en espantosa desgracia ; en que las penas y los sufrimientos nos destrozan el corazón.

Agobiado por el profundo pesar que causan en mí terribles decepciones y ansioso de calmar el martirio de mi alma, busqué consuelo en el hogar, en los amigos, en los libros y no encontré nada que sirviera de lenitivo á mi dolor.

Convencido de que no hallaría en el mundo un amigo que aliviara mis penas, esperé la noche y me dirigí á buscarlo en la morada de los muertos.

La noche era bellísima, fresco y saturado de aromas el ambiente ; el cielo lucía su negro manzano de crespones tachonado de brilladores diamantes y reclinada la luna en el espacio bañaba con los tibios rayos de su luz de plata la superficie del planeta.

Descubierta la cabeza, cruzados los brazos tras la espalda, abatida la faz, y sintiéndome refrescar las ardorosas sienes por el céfiro ; empecé á andar sin dirección por las calles de aquella ciudad desierta en que la vida que animaba mi sér era como un sarcasmo lanzado ante aquella naturaleza muerta.

A medida que adelantaba en mi camino iba dejando confundidos y en fraternal unión al piadoso y al malvado ; al sabio y al ignorante ; al poderoso y al mendigo ; junto al rico mausoleo de fino mármol de Paros, la tosca y humilde cruz de madera.

Por doquier encontraba amigos de los que conmigo compartieron las delicias de la infancia ; los que conmigo crecieron ; los ancianos maestros de quienes recibiera sanos consejos en mi adolescencia. Estuve cerca de ellos y no escuché sus lamentos ; pasé junto á su lado y me dejaron seguir sin consolarme !

Pasé también junto al poeta y ya la lira no vibraba con su canto ; junto al tribuno, y ya su acento no se oía ; junto al levita, y ya no oraba ; junto al guerrero, y ya su voz no alentaba al soldado en el combate : pasé, en fin, junto á la madre, junto al hijo y al esposo y no lloraban.....

Contemplábalos dormidos á las sombra de

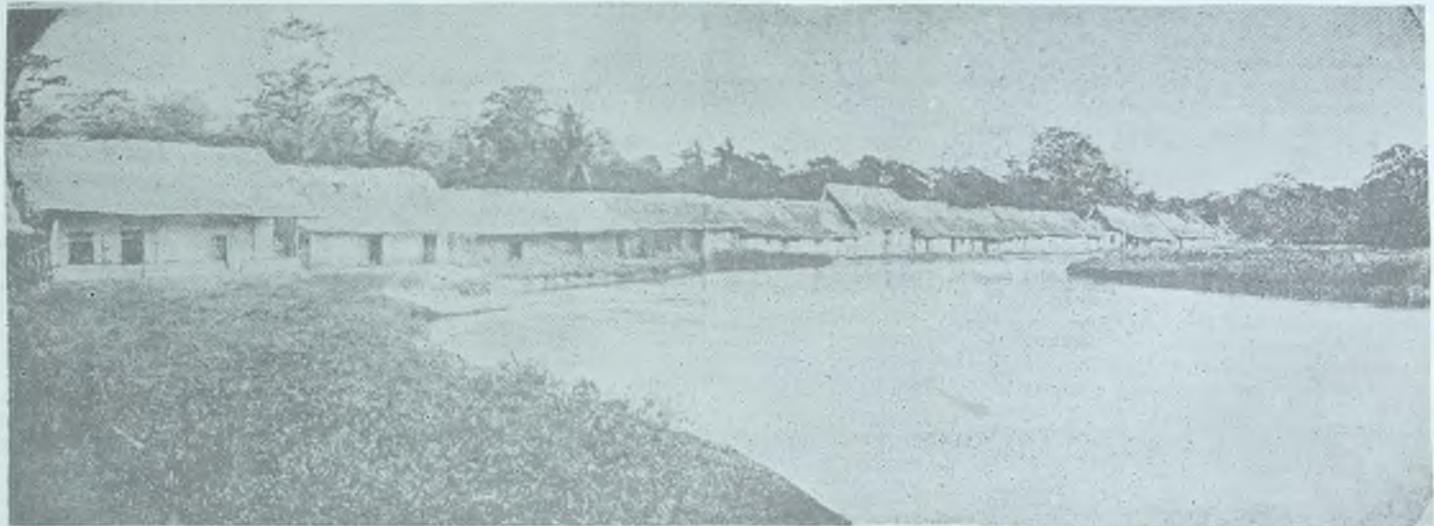
la tierra que guarda los restos de mi corazón hecho pedazos.

Ya no contento con hablarle á aquellas plantas que eran vida de sus vidas, quise estar más cerca, lo más cerca posible. Aparté las coronas ya marchitas, me acosté sobre sus sepulcros y apoyado sobre el mármol frío, extendí las manos para estrechar á todos con cariñoso abrazo. Ah ! ya no me separaban de ellos sino las duras lápidas que cubrían sus cuerpos venerados ! . . .

Así permanecí hasta que extenuadas mis fuerzas con los sufrimientos de aquel día y agobiado por el peso de las grandes impresiones de esa noche, me rindió un sueño apacible y profundo.

Ignoro cuánto tiempo duré en aquel estado. Sólo sé que al despertar tenía el pecho empapado por el llanto y que ya lucían en el lejano horizonte los misteriosos fulgores de la nueva aurora.

Entonces el silencio que reinaba en el cementerio, aquella soledad imperturbable comenzó á ser interrumpida por el canto de las tortolas que arrullaban en su nido á los polluelos y por el ruido de los sepultureros que ya empezaban sus fúnebres faenas.



EL PUERTO CAÑO COLORADO EN EL RÍO GUARAPICHE. — Maturín

Después de una marcha fatigosa me encontré frente aquel pórtico de pesada arquitectura, tan conocido mío.

Un segundo más y quedaría separado del bullicio y alzazara de esa humanidad egoísta, siempre indiferente á nuestros padecimientos ; un paso más y estaría en la inmensa necrópolis.

Traspasé el dintel y quedé extático ante el cuadro admirable que se presentó á mi vista. Los grandes túmulos de mármol blanco ; las siluetas blanquecinas de los que se distinguían á lo lejos ; la infinitud de cruces de todos tamaños, que extenían sus brazos por doquier ; los empinados cipreses columpiándose al suave impulso de la brisa ; los fuegos fatuos que por intervalos y en distintas direcciones recorrían el suelo, semejando una danza siniestra de lenguas encendidas ; aquel profundo silencio, á veces interrumpido por el murmullo del viento y la aterradora soledad del recinto, formaban un contraste imponente, con aquel cielo purlísimo en que se destacaba la luna más bella que hayan podido ver ojos humanos.

Apenas me encontré ante tan grandioso espectáculo, me descubrí, impulsado por el respeto que me inspiraba el cuadro que estaba contemplando.

¡Qué bien le hablaban á mi alma entristecida, y cuánto se avenían con el estado de mi espíritu, esa ausencia de todo cuanto vive, esa paz enviable jamás interrumpida ! . . .

los árboles que rodeaban sus sepulcros y luego me retiraba acongojado, temiendo turbar su reposo.

Cuando me convencí de que ellos encerrados en su impenetrable silencio, no me vendrían á consolar, me dirigí en busca de la humilde reja que limita el rinconcito en que reposan los queridos de mi corazón, los que llora mi alma noche y día.

Al fin los descubrí.

Allí los encontré ; allí están..... inseparables ; los unos guardando el sueño de los otros, los chicos reposando sobre el pecho de los grandes !.....

Abri la puerta de la verja, entré y puseme á pasear por el cercado ; deteniéndome ante cada uno de ellos y sentándome al borde de sus tumbas, les acompañaba un instante y luego continuaba mi paseo. Regué á cada paso con mis lágrimas aquel suelo bendito para mí ; cuando encontraba algún arbusto que crecía, nutrido seguramente con la savia de sus vidas, pensaba que no era para mí un sér extraño y me abrazaba á él para posar mis labios sobre sus perfumadas flores. Me parecía sentir el palpitá de un corazón hermano ; creía oír llamándome sus voces ; deshecho en llanto aumentaba mis caricias y en medio de lamentos y gemidos le contaba la historia de todos mis dolores.

Seguí así por largo rato ; y á veces arrodillado inclinaba hasta el suelo la cabeza para besar

Cerníanse sobre el camposanto grandes nubes blancas que semejaban colosales garzas, descendidas de lo alto á custodiar mi sueño y que huían al sentir el calor de los rayos del sol de la mañana.

Sequé el llanto que nublaba mis ojos ; dí el último beso á aquellos seres queridos y salí de la solitaria morada, llevando consolado el corazón y el alma fortalecida.

Emprendí lentamente mi camino ; á veces volvía la mirada, para dar otro adiós á los que tan feliz me habían hecho aquella noche, hasta que no pude ver más porque el cementerio se había perdido entre las brumas.....

Una noche pasada entre los muertos me había valido más que veinte años de existencia entre los vivos.

Mayo 1º de 1894.

FRANCISCO MANRIQUE.

DON MARTIN TOVAR Y TOVAR

Por culpa nuestra, lo confesamos, es hoy que aparece en las columnas de este periódico, el retrato del eminente artista cuyo nombre encabeza estos breves apuntes biográficos.

Grato, muy grato, es para nosotros emplear el lápiz ó la pluma en bosquejar la silueta de nuestro sabio maestro de ayer, del bondadoso amigo de siempre.

No entraremos á hacer un juicio crítico de las obras de Tovar y Tovar, porque eso necesitaría mucho mayor espacio del que podemos disponer; y por otra parte, tememos que nuestra opinión fuese tachada de parcialidad desde luego que, en el caso, sólo tendríamos ojos para mirar las bellezas y méritos de la multitud de obras del artista, por lo demás de todos conocidas y de todos admiradas.

Allá por los años de 1840, niño aún, comenzó Tovar sus estudios artísticos, en la Academia de Dibujo que en esta capital fundó la "Sociedad Amigos del País" y que dirigía el señor D. Celestino Martínez, con el acierto y discreción que eran consiguientes, dados sus conocimientos artísticos, su natural buen gusto y su ascendido amor al progreso patrio.

Separado D. Celestino, (creemos que por causa de un viaje á Europa) continuó Tovar sus estudios con el señor D. Antonio J. Carranza y más tarde con D. Carmelo Fernández; ambos, artistas de indiscutible talento, y de los cuales nos quedan algunas obras que así lo atestiguan.

Ansiós de conocimientos, y buscándolos donde quiera que podía hallarlos, frecuentaba Martín la casa del Dr. Lebeau, notable médico francés, de grata memoria, quien, amante del arte, y aficionado como era, á la pintura, le daba excelentes consejos, estimulaba su talento y fortalecía su constancia.

Los rápidos progresos del joven Tovar, y su manifiesta vocación, decidieron á sus padres (D. Antonio Tovar, y D. Damiana Tovar) á enviarle á mediados de 1850 á Madrid, para que allí, en más vasto campo, y con las facilidades y recursos de los grandes centros, pudiese alcanzar la plenitud de sus facultades artísticas.

Excelentes recomendaciones llevaba á la coronada villa, entre otras, la del Excmo.

señor Muñoz y Funes, á la sazón Ministro de España en Caracas, para el Marqués de la Remisa.

Este distinguido caballero presentó y recomendó, á su vez, al joven D. Martín, al ilustre D. Federico de Madrazo, Profesor en la Academia de San Fernando, y acaso para aquella época el más notable de los artistas españoles.

Año y medio estudió Tovar bajo su

Salas la "Fotografía Artística" que así era taller de donde salían admirables retratos de todo género, como centro de reunión de multitud de personas distinguidas de la sociedad caraqueña, que allí formaban amenísima tertulia.

Una década transcurrió de esa manera, hasta que en 1874, el General Guzmán Blanco, Presidente de la República, concibió la idea de formar una Galería de retratos de hom

bres ilustres, de bieneméritos servidores de la Patria, y encor-mendó á Tovar la realización de tan feliz pensamiento, para lo cual debió éste trasladarse nuevamente á París.

Cincuenta ó más retratos pintó el artista, adquiriendo con cada uno de ellos un título más al aplauso de sus compatriotas, aplauso que todos le han tributado tan sincero como merecido.

La atmósfera de arte, el estímulo que en la gran capital del mundo encuentra todo talento, abrieron nuevo horizonte á las aspiraciones de nuestro artista, que saliéndose repentinamente de la estrecha y angustiosa esfera de los retratos, mete mano á un gran cuadro, *La firma del Acta de Independencia*. Lo ejecuta en pequeño, para D. José M. de Rojas, y luego, por encargo del mismo General Guzmán Blanco produce la soberbia tela que exhibió en 1883 en las festividades del Centenario del Libertador, y que hoy admiran todos en el Salón de la Municipalidad de Caracas.

El brillante éxito alcanzado por Tovar, satisfizo en tal manera al General Guzmán Blanco que éste no vaciló en contratar con el artista la decoración de los

salones del Palacio Federal, señalándole como asuntos para éllo, las batallas de Cabobobo, Boyacá, Junín, Ayacucho, el tratado de Coche y dos alegorías, etc.

La cúpula del salón elíptico del mencionado Palacio ostenta ha tiempo ya, el primero de los cuadros indicados; obra tan conocida y apreciada, que nos limitamos á señalarla; y en breve, según informes que tenemos serán colocadas en sus respectivos sitios las telas que representan las batallas de Boyacá y Junín.

Aunque conocemos estos dos cuadros reservamos nuestra opinión, para su oportunidad, que no ha de tardar, si como creemos son verídicos los informes de que hemos hablado.

Durante su larga permanencia en París,



DON MARTIN TOVAR Y TOVAR (PINTOR VENEZOLANO) — Dibujo de A. Herrera Toro



MENDIGA EN ORACIÓN (Maturín)



PASO DE LA PUENTE. — Morichal Monagas (Maturín)

repetidas veces envió Tovar alguna obra suya (especialmente retratos) al Salón de los Campos Elíseos y siempre hizo buena figura, cosa difícil, tratándose de retratos, en una exhibición donde se cuenta por centenas, y debidos al pincel de los más distinguidos artistas de todas las nacionalidades.

Tovar y Tóvar han partido en estos días para Europa, con el propósito de reponer su salud un tanto quebrantada, pero pronto estarán de regreso, y ocupado en terminar importantes obras que tiene comenzadas.

Como se vé, larga, brillante y fructífera es hasta ahora la carrera del decano de nuestros artistas, y aún habrá de alcanzar nuevos triunfos, que nosotros aplaudiremos con el corazón.

Para terminar, añadiremos que la modestia de Tovar supera su talento, y que no son menos envidiables las cualidades del caballero, que las dotes del artista.

Ingenuo, de corazón noble y exquisita educación, quien lo trata una vez, lo conoce tal como es, y no puede menos que respetarlo y quererlo.

Juzgamos por nosotros.

A. HERRERA TORO.

EL HOGAR DEL CAMPESINO

El sol se hunde en Occidente. Fatigado de sus rudas faenas cotidianas va, camino de su choza, un humilde campesino. Tostado está su rostro por la inclemencia del

tiempo; gruesas gotas de sudor surcan sus sienes; ciñen su cuerpo toscas vestiduras, y el característico sombrero de palma *criolla* cubre apenas su varonil cabeza.

Con paso tardío, pero seguro, el paciente borrico marcha por delante de su amo tronchando aquí y allá las yerbecillas que crecen á uno y otro lado de la senda.

Pensativo emprendió su regreso el hombre rústico; mas á poco vuelve la vista y al divisar en lontananza el bolífo que sirve de albergue á su familia, regocijase su corazón y acelera, presuroso, la marcha; preocupábanle antes la escasez de lluvias y la consiguiente esterilidad de su *conuco*; alegrale ahora haber de estrechar pronto entre sus brazos á la amada y tierna prole, que gozosa le espera en el umbral.

Al acercarse á su morada, el fiel centinela, el compañero y guardián del hogar, ladra de contento y corre jugueteando y moviendo la encrespada cola á lamer y á acariciar al dueño á quien respeta y estima juntamente; y el ave altanera que en melodioso canto marca las horas, ufanase ya por recoger en el *corral* la alada grey.

El ósculo del amor suena ya en el interior de la pajiza habitación; risas infantiles acogen al padre muy amado; alegres le rodean todos y mientras uno de los niños se complace en rizarle la poblada barba, otro le enseña el madero en que ensaya su primera equitación; aquél le apostrofa cariñosamente, éste le coje de la mano y le atrae suavemente hacia el artístico edificio de leve arena que en unión de sus hermanos ha

improvisado en sólo una mañana: todo es contento y bullicio en torno al amo de la casa, que en aquel dulce momento olvida las fatigas que en cada nuevo día le impone aquél grupo encantador; y las penas que atormentaban su espíritu rápidamente se disipan.

La sencilla mesa está servida: alimentos sustanciosos despiden, de la humilde vajilla de cocido barro, suave y penetrante olor y brilla en enorme cántara el agua cristalina que la cereana fuente ofrece generosa á los moradores comarcanos.

Al partir el tosco pan con tantos sudores amasado, el sencillo labriego bendice al Sér Omnipotente que diariamente da sustento así á los hombres como á las aves que vagan por el cielo y á los peces que moran en el agua y á los animales varios que en la tierra habitan; y confiando siempre en Dios, pide á éste una vez más que nunca falte á sus hijos el alimento que con providente mano sabe El deparar hasta al más pequeño insecto que en el aire revolotea; la casta esposa—á nombre de la prole—le acompaña en su plegaria y la más pura alegría se cierne sobre todos aquellos seres felices en medio de su infelicidad misma.

—¡Bendito sea el trabajo: benditas las labores que sobre mí lluevan cada día si ellas han de traer la dicha y la abundancia al seno de los míos! exclama el campesino al levantarse de la mesa; y sentándose con su familia á la lumbrera del hogar, refiérele en lenguaje sencillo, pero elocuente por su sencillez misma, las faenas que le

nán ocupado desde su salida hasta la puesta del sol: la pareja de bueyes anduvo un tanto perezosa en el arado; la vaca *lebruna* dió menos producto que otras veces; la lluvia de la noche precedente tomó parte del maíz; pero hizo florecer la *plantilla* de café sembrada tres años há; con la vuelta de la primavera reverdecerán los pastos, y las bestias que le prestan ayuda en el cultivo de su pequeño campo se holgarán, y medrarán nuevamente: todo ello si la Providencia se muestra propicia á sus desvelos.

El sueño sorprende á la familia en medio de estas pláticas cada noche renovadas y sólo es interrumpido por la luz del lucero de la mañana que con su fulgor dia-



FARMACIA DEL SR. CARLOS MOHLE. — Maturín

DE LEOPARDI

EL SUEÑO

Tras la luz de la aurora, y por las rejas del cerrado balcón, ya el sol venía con perezoso rayo á ver mi estancia; cuando en el tiempo en que más leve el sueño más blandamente en las pupilas cae, surje á mi vista y me contempla mudo el simulacro, ay misero, de aquella á quien primero amé, del llanto origen. Muerta no estaba, sino triste, el rostro descubriendo infortunio. Al fin, la diestra me estrecha afectuosa, y suspirando, —¿Vives prorrumpé, y el recuerdo guardas de nuestro amor?—¿Y dónde exclamo, y cómo viniste, dulce prenda? Oh! cuánto, cuanto me he dolido, me duelo de tí: nunca pensé que lo supiese; y esto hacía más cada vez mi pena inconsolable. ¿Pero otra vez me dejarás? Lo temo, mucho lo temo. Y díme ¿qué ha pasado? ¿eres aquella misma, y qué te oprime internamente?—Ya el olvido cubre tus pensamientos, que involucra el sueño, ella responde. Muerta soy. Me has visto por vez postrema há mucho. Amarga pena me oprime el corazón á tales voces. Ella siguió: Cuando es más bella y dulce la vida, muerta en flor, antes que el pecho comprenda al fin que es humo y sombra toda la esperanza del hombre. Fácilmente deseas en sus afanes grato alivio el infeliz mortal; mas dolorosa llega al joven la muerte, horrible hado que la esperanza al fin hiere y sepulta. Vano es saber lo que natura esconde al inesperado de la vida, y harto á la precoz sabiduría el ciego dolor prevale. —¡Oh infortunada! calla, calla, le digo, que me hieres dura contal palabra el corazón. ¡Y muerta, díme pues, eres muerta, y yo estoy vivo; y el cielo habrá dispuesto ya que fuesen cáliz aquellas trémulas angustias de tu cuerpo gentil, y á mí quedasen tus miserios despojos! ¡Cuantas veces,

pensando en que no vives, que de nuevo más no he de hallarte nunca en este mundo, me resisto á creerlo! ¡Ay de mí triste! ¡y qué cosa es la muerte! Si lograra hoy comprenderlo, y la cabeza inerme á los hados rendir! Venga la prueba. Aún joven soy, mas se consume ociosa mi juventud como vejez tardía, á la cual temo, aunque lejana viene. Mas de triste vejez poco discurda la flor de la edad mía. Al llanto, dije los dos nacimos; y á la vida nuestra no sonrió felicidad: el cielo gozóse en nuestra pena. Hora si el llanto, agrego, hinche mis ojos, mi semblante de palidez cubriendo, y si de angustia muere mi corazón, triste en tu ausencia, dime: ¡tal vez de amor algún destello, ó de piedad que fuese, dime, nunca en tu alma prendió mientras viviste? Yo entonces, noche y día, me agitaba desesperado y esperando. Ahora en la duda cruel se rinde y cae la mente mía. Y si una vez que fuese piedad tuviste de mí infiusta vida, no me lo ocultes, no, yo te lo imploro; y venga á consolarme tu recuerdo, ya que el futuro, para siempre, falta á nuestros días. Y ella: Desgraciado, consúlate: yo avara no fuí nunca, mientras viví, de compasión, ni ahora me falta, que también fuí yo infelice. No culpes á esta misera doncella. —Por la pena de entrambos, por el fuego de amor que siento, dije; por el caro nombre de juventud, y la perdida esperanza, concede, oh dulce amada, que toque yo tu mano. Ella, con gesto suave y triste, la tendía. Y mientras besos yo la cubro, y de afanosa dulzura palpito, al anhelante seno la oprimo, de sudor el rostro y pecho hirviendo, en mi garganta muere la voz, y el sol inúndame el semblante. Entonces, con ternura ella fijando sus ojos en mis ojos, dice: ¡Olvidas que de beldad, oh amigo, estoy desnuda? Y tú de amor, desventurado, aún siempre tiemblas y ardes. Adiós, por vez postrema

mantino brilla, al despuntar la aurora, indicando al hombre de los campos que llegó el instante del orden y de dar comienzo á las rudas faenas que no arredran su ánimo, aunque su cuerpo dobleguen.

Gozoso en su pobreza, el rústico habitador del humilde cobertizo saluda la mañana; y al sentirse lleno de vida y robustez, eleva á Dios su corazón y le da gracias por haberle concedido un día más, permitiéndole saborear la dulce libertad que en el campo se respira y que él estima en más que todo el oro del mundo, que está cierto no habría de producirle ventura comparable á la de que él disfruta.

TEÓFILO RODRÍGUEZ

Caracas.

nuestras miserias almas, nuestros cuerpos son para siempre desunidos. Vives y vivirás, no para mí; ya el hado rompió la fe que me juraste. Ansioso gritar queriendo y conmovido, llenas de inconsolable llanto las pupilas, de mi sueño despierto. Ella no obstante, en mis ojos quedaba, y en el rayo del sol naciente, aún verla yo creía.

E. RIVODÓ.

LUDWIG KANDLER

PINTOR ARTÍSTICO DE RETRATOS Y ASUNTOS HISTÓRICOS

MUNCHEN (Alemania)

Dirección: SCHWANTHALERSTR 48 a

Es notable en la ejecución de obras artísticas de cualquier estilo.

Altares, imágenes, pinturas al fresco y cuadros rasos.

Especialista en esta clase de obras de arte y decorados para las iglesias, edificios públicos y particulares, teatros, salones, etc., etc.

Garantiza plenamente el parecido de los retratos que se le confien tanto de bustos, medios bustos, como de cuerpo entero y grupos, bien sea al óleo, acuarela, ó pastel; con tal que las fotografías sean buenas y claras.

También se hace cargo de dibujos para ilustraciones de periódicos, ornamentación de diplomas, documentos artísticos, etc., etc.

PRECIOS MODERADOS Y PRONTITUD EN LA EJECUCIÓN

Referencia: Véase el notable cuadro que hace poco llegó á la Iglesia de San Juan de Dios de La Guaira, obra del artista Ludwig Kandler.



1



2



3



4



5



6



7

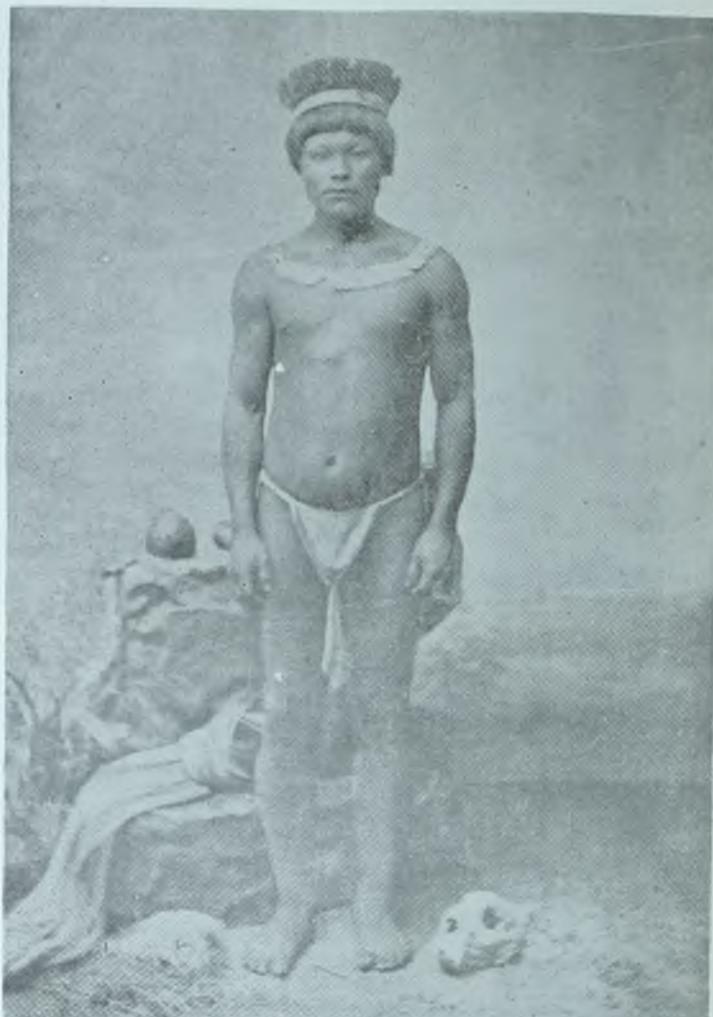


8

1 Indiesita arecuna negándose á ser fotografiada.—2 Indios arecunas en una playa del río Cuyuní.—3 Indios arecunas de Guayarimba sobre la margen derecha del río Supamo.—5 Indios del río Gualiche, tributario del Supamo.—6 Indios bajando el río Yuruán para entrar en el Cuyuní.—7 Carri-muko, embarcadero de indios arecunas sobre la ribera derecha del Yuruán.—8 Indios flechando iguanas en el río Supamo, tributario del Suruan.



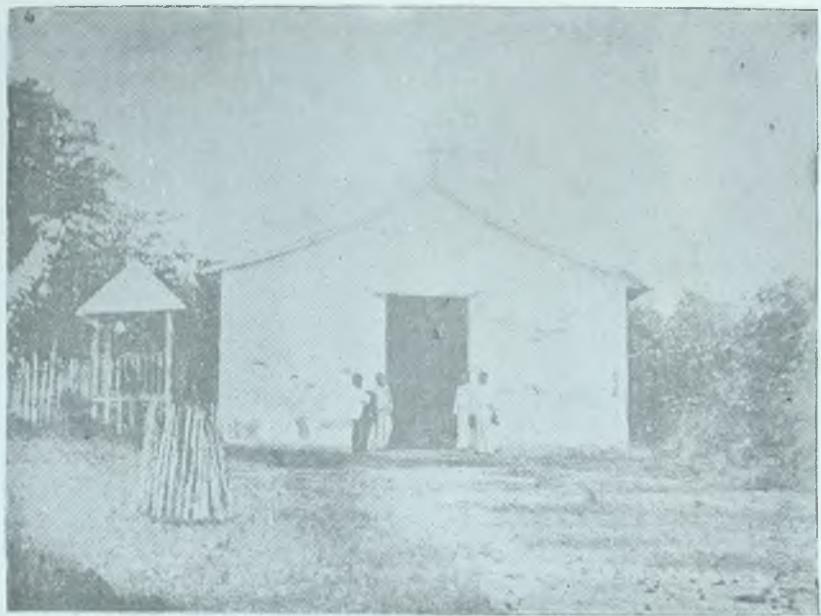
INDIA GUAYANESA



INDIO DEL CARONI



INDIOS DEL CARONI



IGLESIA DE TUMEREMO



GRUPO DE SEÑORITAS DE TUMEREMO



UNA CASA DE TUMEREMO

DISCURSO DE ORDEN DICHO EN EL HOSPITAL LINARES POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA EL 19 DE ABRIL DE 1894.

Complazco de buen grado á un respetable amigo que lo es también de todos los presentes, cuando hubiere algunos entre éstos á quienes no les liguen aún con él relaciones de amistad. Baste saber que aquel á quien me refiero es un filántropo. El me pide el contingente de mi humilde palabra para este acto. ¿Cómo decir que no al doctor Aveledo? ¿Cómo decirle que no, cuando algo pide, así sea ello un discurso de quien no tiene el don de la elocuencia? El lo pide; alguna vez ha de hacer uso del derecho de pedir quien no hace sino dar. Complazcámole, pues, viniendo yo el temor que lo respetable del auditorio y mi exigüidad me infunden; y dignándoos vosotros, por deferencia al noble amigo, prestarme benévolamente atención.

Ama el hombre la libertad con tal justicia, con tan legítimo amor y por modo tan vehemente que, con razón, es visto como monstruosa anomalía el sólo intento de abdicación de tan augusta facultad; y tiéñese por desgracia incomparable el menoscabo más pequeño de tan excelso don del alma. De qué importancia es para el hombre la posesión de la libertad, infórmanos lo que de privarle en absoluto de tal don resultaría: privado quedaría de amar con mérito al Creador, de amar con mérito la verdad y la justicia, de hacer con mérito el bien sobre la tierra, pues, quiso el Ser Supremo, el Ser perfectamente libre porque goza de cabal independencia, dotar á la criatura que hizo á imagen suya, del excelso don de libertad—y con ello dióle la primera muestra de su inseparable amor—para que con la elección del bien, amable esencialmente, adquiere mérito, alcánzase recomendación, digamos así, ante Aquél que es á un mismo tiempo justicia suma y misericordia inagotable. La práctica del bien no podría obedecer á ley fatal sin que dejase de ser meritoria: de aquí la razón de la libertad. Y siendo una la libertad, porque sólo una puede ser la facultad de obrar ó no obrar, cuánto directa ó indirecta, próxima ó remotamente se oponga á la acción lícita del hombre tiende á destruir el ejercicio de la facultad, por lo que justa, legítima es la razón con que airado el hombre se revela contra todo lo que pugna con la acción de que dispone para hacer sus buenas obras meritorias.

Bien se alcanza que en la libertad, en el don que poseemos de hacer esas nuestras buenas obras meritorias, no puede racionalmente apoyarse la práctica del mal: no hay posible oposición entre la libertad y la justicia.

Bien se alcanza también, que favorecer la libertad de los demás es ejercer la propia; y ejercerla de tal suerte, obra filantrópica, por cuanto conduce á que se hagan nuestros semejantes meritorios.

Aquí quería llegar para encontrarme con el asunto que en este lugar hoy nos reúne: la conmemoración del 19 de abril de 1810, día precursor de otros gloriosos, punto de partida de la obra eminentemente filantrópica de la libertad de nuestra patria.

Digno de alto encuanto es, señores, el pensamiento de conmemorar en este Instituto el día en que en el cielo de la patria dió su primer destello el sol de libertad, ante el cual apagóse vivo rayo del de gloria y poderío que nunca se ocultaba en los dominios de Carlos V.

Este acto tiene en este lugar notable signifi-

ficación. Ved, en efecto, cómo conviene con el fin excelso de la obra cuyo momento inicial se conmemora, el excelso objeto del Instituto donde esta fiesta se realiza. Entrambos tienen una misma procedencia: la filantropía, que si se llama "patriotismo" se convierte en rayo que funde cadenas, pulveriza tronos y limpia el cielo para que con la pureza de éste se abrillante la luz nueva; si "beneficencia", se convierte en madre para acudir solícita al clamor del desdichado, para anticiparse á la desgracia, de suerte que cuando esta hiere ya están para consuelo de la víctima dispuestos, el pan, el bálsamo y el lecho.

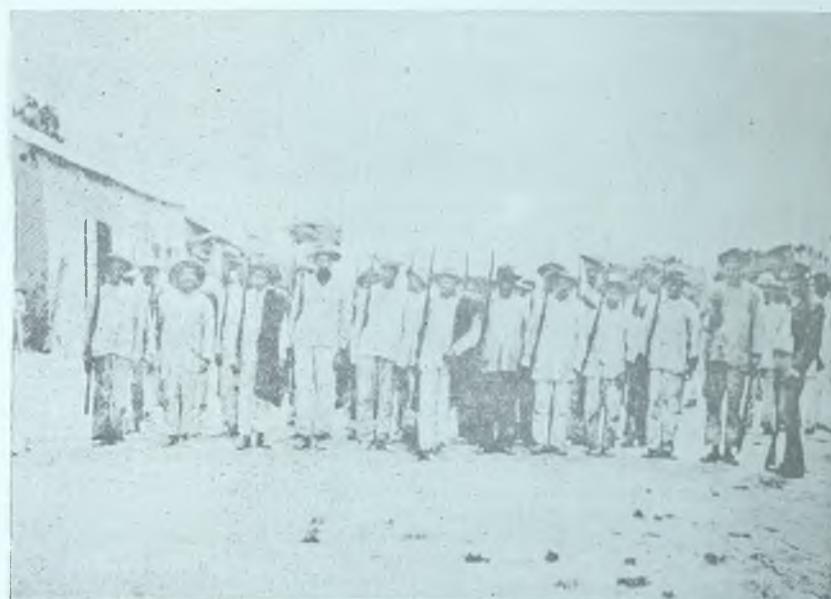
Commuévense, señores, hasta las fibras íntimas del alma, cuando se abisma el pensamiento en la contemplación del cuadro que ofrece siempre el infortunio! Pensad un solo instante en cómo cae el hombre herido, al parecer gratuitamente, y por artero, incógnito enemigo, cuando más desapercibido está para despedirse de la dicha. Seguid el desarrollo de ese drama tormentoso cuya primera escena es la sorpresa d'l golpe siempre inesperado y veréis cómo s'obreviene á luego horrible tortura: debajo la víctima que gime, se agita impotente, se desespera y clama en vano por el perdido bien; sobre ella el infortunio implacable, poderoso, frío, que afirma como el águila por grados las garras en la presa y la aniquila con desesperante lentitud. Y bien, qué mortal podrá vanagloriarse de no ser en un día ú otro la víctima impotente del cruelísimo enemigo? Cuál de los hombres y á qué precio pudo adquirir tal privilegio? ¿Podrá alguno ser tan insensato que presencie con indiferencia aquél drama en que súbita, inesperadamente, puede verse convertido de estulto espectador en actor infunado? Ah! triste es decirlo: ¡Cuánto espectador hay en el mundo impasible ante el drama perenne del dolor! ¡Cuánto ser feliz engreído con la ventura que juzga merecer, y, lo que es peor, que cree obra propia! ¡Cuánta ceguera la del que cree en la aristocracia de la dicha y del placer! Juzgo que de cuantos monstruos suelen hacer guardia del corazón humano ninguno hay tan espantable como el desprecio al infeliz; y con qué terrible pena nos muestra Jesucristo castigado el hombre en cuya puerta estaba Lázaro pidiendo en vano las migajas caídas de la mesa del festín.— Ni una gota de agua siquiera para calmar la sed que le abrasaba, pudo enviarle luego Lázaro del Seno de Abraham.

Apartemos la vista de estas sombras: busquemos un rayo de luz que nos haga tornar al regocijo que da la contemplación del cumplimiento de lo santo. Hemos dado fácilmente con ello porque delante estaba de nosotros y sólo lo dejamos breve instante al ausentarnos en rápida excursión por las lobregueces del egoísmo humano. Ved, aquí está la grata luz: la filantropía! Tan vivo es su fulgor, como que pártese el foco de la caridad en dos irradiaciones, de las que una sube al cielo para desparecer en la eterna luz y se llama amor á Dios; y la otra cae en las sombras del dolor humano y se llama amor al prójimo: filantropía. ¿Qué es la caridad sino el bien mismo? ¿Qué es el bien mismo sino Dios, lo absoluto, la fuente de la libertad?

¡La libertad! De ella partimos antes como facultad del hombre y ahora la encontramos como atributo de Dios. Su origen es divino; y por lo mismo, santo, grato á Dios el lícito ejercicio de ella, de que resulta el bien sobre la tierra. Así, toda obra buena es inmediato efecto de la libertad del hombre. ¡Qué íntima relación la que se descubre entre la filantropía y la libertad! ¡Cómo aparece ahora á nuestros ojos la alta sig-



UN RANCHO EN LA SABANA DE TUMEREMO



TROPA DESTINADA Á LA ESTACIÓN VENEZOLANA DEL CUYUNI



ESTACION INGLESA SOBRE LA RIBERA DERECHA DEL CUYUNI

nificación del presente acto en este simpático Instituto.

Permitidme, antes de terminar, decir algo que profundamente me conmueve. No hay colores con que pintar de modo que algo imiten los de la realidad, el espectáculo de la infancia en las angustias del dolor. General y no infundada es la creencia de que es todo sufrimiento castigo de una falta. Así, raro es el mortal que herido por la desgracia se revela contra Dios: antes implora,

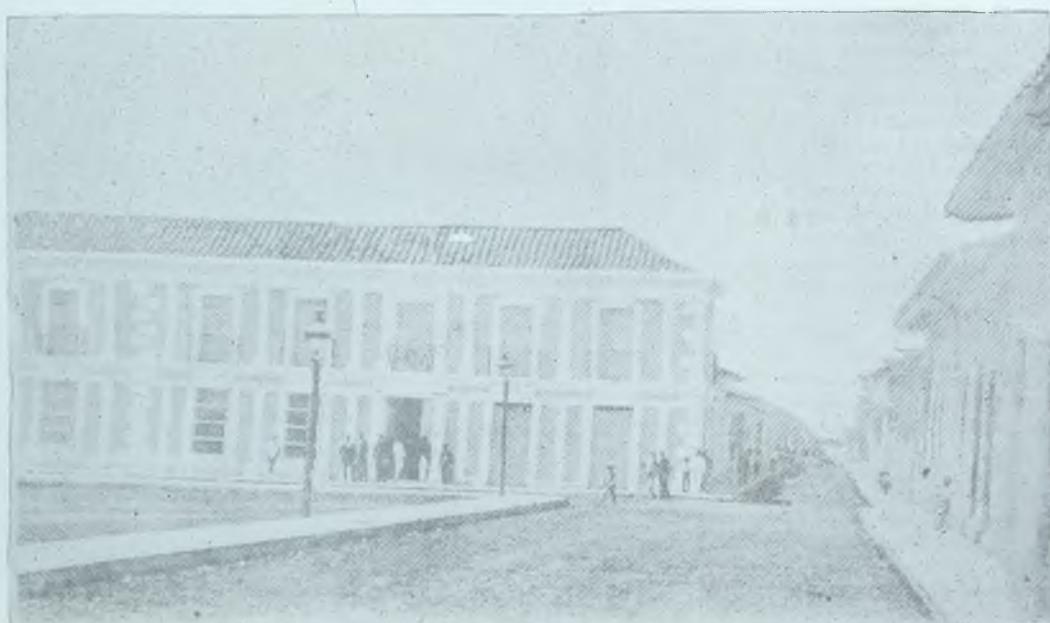
se humilla y hace votos para que cese la presión de la mano justiciera. Pero el niño, el niño que inocente de culpa propia padece sólo por la herencia de la culpa original; que ignora quien le hiere y por qué causa se le daña: capaz por el intuito para comprender que alivio tiene el sufrimiento, y faltó de suficiencia para valerse en él: el niño, señores, todo él debilidad, viviente súplica de tierna protección, precioso ser con cuya forma viste la estética á los ángeles; el niño como objeto

de la filantropía, reclama la mayor, la más tierna y constante solicitud. Ampararle de este modo en la desgracia es acción tan meritaria que el que la ejecuta es acreedor á todas las bendiciones del cielo y de la tierra.

¿Qué mayor encomio puede hacerse de la obra llevada á efecto por los fundadores y sostenedores de este Instituto? Sepan éstos que les bendicen aquellos cuya voz es siempre oída en las alturas, aquellos de quienes es el reino de los cielos.



LA CATEDRAL Y LA CAPILLA DEL CARMEN. — Mérida. — Antes del terremoto



LA CASA DE GOBIERNO. — Mérida. — Antes del terremoto



MERCADO DE MÉRIDA (antes del terremoto)

TERREMOTO EN LA CORDILLERA

Un tremendo estremecimiento del suelo, acaba de reducir á escombros muchas poblaciones del Estado Los Andes. Sin duda aparece la Cordillera venezolana terreno abonado para tales catástrofes; poblaciones de consideración, vecindarios y caseríos han sido destruidos por estos movimientos seísmicos en el discurso del presente siglo.

Como es natural, al estupor producido por la noticia del presente infiusto suceso, ha sucedido el sentimiento general de commiseración hacia los hermanos que hoy se encuentran sin pan y sin hogar: el espíritu público se penetra de la desgracia y solicita los medios de allegar recursos á aquellos desamparados. Ya se organizan sociedades y comisiones en este sentido y en breve podremos aliviar un tanto á las víctimas del desastre.

Un sentimiento de caridad nos impone el deber de relatar esas desgracias; no ya para que contemplemos nuestra propia ruina, la de comarcas feraces, pobladas y de risueño porvenir, sino para ver de mover la piedad y los sentimientos de filantropía de otros pueblos en favor de aquellos compatriotas desgraciados.

La región de la Cordillera nunca había sido visitada por ningún geólogo, que estudiase la estructura de sus terrenos y su formación, hasta el año de 1885 en que el doctor N. Sievers, joven pero muy competente geógrafo, la recorrió por espacio de un año, haciendo multitud de estudios y observaciones que publicados en una voluminosa obra intitulada "La Cordillera de Mérida," le dieron puesto á aquella *terra incognita* en los estrados científicos.

Junto con esa obra se publicó el mapa de la Cordillera, desde la frontera colombiana, (antes del Laudo) hasta Caracas, resultado de las mediciones de Sievers, teniendo como base el trabajo de Coronel Codazzi. Sin embargo, puede decirse que este mapa es original del autor, pues además de su competencia para estas tareas, disponía de instrumentos precisos que faltaron á Codazzi, y pudo hacer multitud de observaciones geo-

gráficas, aparte de sus estudios sobre la geognosia de la Cordillera.

Deseando acompañar este escrito con un plano ó mapa, que diese idea de la situación de los lugares, distancias, alturas, etc., pensamos en el magnífico mapa del doctor Sievers, que tiene por separado las dos regiones principales de la Cordillera: la que corresponde á Mérida y la del Táchira. El señor don Francisco Dávegno, que con la misma habilidad que solicita en olvidados libros y archivos los documentos con que ha de relacionar sus magníficos escritos sobre historia antigua de América, maneja el lápiz y el pincel, ha querido prestarnos su valioso contingente en esta labor y ha hecho un dibujo á la ligera, pero claro y preciso, de aquellas dos secciones del mapa de Sievers, con que hoy obsequiamos á los lectores de *EL COJO ILUSTRADO*.

La ciudad de Mérida, capital del Estado Los Andes, con 28.767 habitantes, según el último censo, está edificada en una meseta rocallosa, en el valle del río Chama, y no es esta la primera vez que ha sido conmovida por terremotos. El año de 1.644 sufrió el primero de que tenemos noticias, causando pocos estragos, por ser aquella una ciudad incipiente todavía; mas el 26 de marzo de 1812, fue casi destruida quedando sepultadas bajo sus escombros multitud de personas.

Pero donde indudablemente se han dejado sentir con más ó menos intensidad estos fenómenos es en la región del Táchira. Una larga lista de pueblos destruidos desde mediados del pasado siglo, puede ofrecerse á la consideración de los que se ocupan en estos asuntos. La Grita, San Cristóbal, San Antonio, Lobatera, El Rosario, Capacho Nuevo, Capacho Viejo, Michelen, Colón, El Río, Ureña, Táriba, Rubio, etc., han sido destruidos, parcial ó totalmente en las frecuentes conmociones de aquel suelo. Y otro tanto podemos decir de las poblaciones colombianas que como Cúcuta han sido destruidas dos veces en el mismo lapso de tiempo. El doctor Sievers observa que las montañas del lado de Venezuela como de Colombia, caen muy abruptamente hacia la depresión de Cúcuta, y agrega, que es en alto grado probable que el valle de los ríos Táchira y Pamplona-Zulia, deba su origen

á un cataclismo tectónico y que exista allí una falla de dimensiones enormes, ó replegadura extraordinaria: condiciones ambas que son muy favorables á la frecuencia de los temblores.

A fines del año de 1883, alarmaronse los habitantes del Táchira, creyendo que se iban á repetir los terremotos que más de una vez habían desolado el territorio, pues sintieron muchos temblores y oyeron grandes ruidos subterráneos. El principio de estos fenómenos coincidió por casualidad con la erupción del Krakatao, cerca de Java y los habitantes de San Cristóbal quedaron convencidos de que el efecto de dicha erupción, se hubiese hecho sentir á través del globo terrestre, tanto más cuanto que poco más ó menos son los antípodas de Krakatao.

Pero antes de entrar á considerar cuáles sean las causas que motivan estos fenómenos en Venezuela, trascibamos las diversas noticias que sobre el último terremoto se han publicado por la prensa.

El día 28 de abril próximo pasado, como entre 10 $\frac{1}{2}$ y 10 $\frac{1}{2}$ de la noche se sintió en toda la región de la Cordillera una oscilación fuerte en las Secciones Táchira, Mérida y Trujillo, y menos intensa, pero sí prolongada, en el resto de ella y en la serranía costanera:

Las poblaciones de Chiguará, Lagunillas, Tovar de la Mora, Santa Cruz, Jají, Ejido, Mérida, La Mesa, Pueblo Nuevo, Guaraque, Zea, San Juan, Torondoy, La Punta, Mucurubá, Libertad, Tabay, Bailadores, La Tala, Timotes, quedaron según aquellas noticias totalmente destruidas las cinco primeras, y las restantes con grandes desperfectos en las casas. Es de notarse que todos los templos sufrieron grandes averías, cayéndose algunos.

En la Sección Táchira sintióse el primer temblor y la serie de temblores que durante varios días se sucedieron, en las poblaciones de San Cristóbal, Rubio, San Antonio, Táriba y en las poblaciones colombianas de Cúcuta, Arboledas, Chinácota, Santander, La Cruz, El Banco, Ocaña, Pamplona, Matanzas y otros pequeños caseríos.

Parece comprobado, por la mayor intensidad del choque, que el epicentro de donde partió el movimiento inicial estuvo en Chiguará. Allí, según los informes recibidos, vino á tierra toda la población; se abrieron grietas profundas en una gran extensión y los cerros se derrumbaron; grandes piedras se desprendieron de las cumbres de aquellas escarpadas montañas y, con grande estruendo cayeron en los valles; nubes de polvo oscurecían el cielo.

Es igualmente notable lo que se refiere á Lagunillas. A inmediaciones de esa población se encuentra el famoso depósito de urao, ó sea sesqui carbonato de sosa hidratado, cuya explotación es fuente de producción constante para aquella gente, pues es solicitado para mezclarlo con el jugo del tabaco que constituye el *chimó* de consumo general en todos los pueblos de la Cordillera. Allí se habían notado fenómenos de carácter geológico, según el señor Febres Cordero, y al producirse el terremoto, las aguas salieron de madre e invadieron parte de la población, apareciendo multitud de peces muertos en la superficie, quizá debido á la conmoción.

El ya citado Doctor Sievers opina que *los terremotos de la Cordillera son de la clase de los*

tectónicos, puesto que no existen allí volcanes, ni pueden admitirse sin pruebas ulteriores; quizás sean ocasionados por la lixiviación de extensos depósitos de sal ó de yeso. Tampoco puede establecerse como regla que los terremotos se sucedan con más frecuencia y hagan más estragos en poblaciones que están situadas sobre la zona de los esquistos cristalinos ó sea el eje primitivo de la Cordillera, en terrenos cártaeos, ó en los de sedimento, puesto que en todos estos terrenos se han dejado sentir los efectos desastrosos en diversas épocas de las conmociones sísmicas. Es curioso, sin embargo, que la ciudad de Carora nunca haya sentido estas conmociones, á pesar de no distar mucho de otros lugares que, como el Tocuyo, fue destruido en 1870, y Barquisimeto donde con frecuencia se experimentan sacudidas más ó menos intensas.

Maracaibo, que está sobre terrenos de sedimento, y de composición detritica ha sido conmovido por el último terremoto y en lugares cercanos del Lago, v. g., La Ceiba y La Ceibita, fue tan intenso y prolongado el movimiento que la gente no podía tenerse en pie.

La duración del temblor, que por sus efectos puede colocarse en la escala máxima de estos fenómenos, fue, según algunos, de *sesenta segundos*. En Caracas, según observaciones del señor Buscalioni, Director del Observatorio Nacional, fue de 35 segundos. La dirección en la cual convienen todos es de Noreste á Sureste, y se calcula en trescientas leguas cuadradas el radio de su acción.

La Sección Trujillo, con la ciudad del mismo nombre y las poblaciones de Carache, Santana y otras, experimentaron fuerte sacudida que agrietó varias casas y destruyó los templos. En el Estado Lara igual suerte tocó á la ciudad del Tocuyo, donde la cúpula de la iglesia que se encontraba abierta por el terremoto de 1870, se cayó y la Casa de Gobierno quedó inhabitable.

Muchos son, sin embargo, los glosadores de semejante catástrofe; así, es necesario no dar crédito á todo lo que se nos diga sin antes haber tenido una narración verídica de lo acontecido ya por personas insospechables, ya por comisionados que al efecto se nombran.

Así mismo debemos poner en cuarentena las noticias que nos da un periódico, *La Libertad*, de lo ocurrido en un lugar llamado Santa María (del Táchira). Refiere que poco antes del temblor se oyó una fortísima detonación ó explosión, y después salieron de la tierra penachos de agua como de un metro de altura que inundaron la población. Puede muy bien haber sucedido..... pero esperemos la confirmación de este hecho curioso.

Digna también de notarse es la circunstancia de que el fenómeno sísmico coincidiera ó determinara (?) cambios meteorológicos. Este es un hecho que con frecuencia se ha notado. Así, por ejemplo, después de una larga sequía se han experimentado conmociones del suelo, y viceversa después de copiosas lluvias. En Mérida, después de los temblores y aún durante las trepidaciones de la tierra, cayeron copiosas lluvias. Son estos todos fenómenos que merecen ser tomados en cuenta; y cada vez echamos de menos la falta que hacen los seismómetros y los resultados de una observación regular.

Se ha notado, y este terremoto de Los Andes ha confirmado, que no hay una comunicación efectiva entre la región andina de la cordillera y la de la costa; que sólo un movimiento azás fuerte y prolongado, ya en una región ya en la otra puede conmoverlas aunque débilmente, como lo expri-

tamos en esta ciudad el día 28 de abril. Así parece existir una comunicación subterránea entre los conos volcánicos de las Antillas, y que los movimientos sísmicos que hemos experimentado, en su mayor número parten de aquel centro, producidos bien por la acción de los gases comprimidos ó por el trabajo lento de desagregación que ha determinado la separación y hundimiento de la antigua Cordillera, cuyos puntos culminantes sobresalen á manera de islas á distancia de las costas de Venezuela.

Caracas: mayo de 1894.

FRANCISCO DE P. ALAMO.

NUESTROS GRABADOS

Martin Tovar y Tovar

A la inmortalidad de este nombre basta sencillamente la que refleja el cuadro descriptivo de la firma del acta de independencia.

Allí está por modo enviable consagrada la fama impermeable de Tovar: en la elección misma del asunto, en la distribución de las figuras, en la energética acentuación de cada una que contribuye á dar idea de la grandiosidad del conjunto.

Y luégo, qué conjunción ésta entre los primeros días heroicos de la patria y las primeras manifestaciones artísticas de carácter esencialmente nacional! Evocación de una época más bien que de un suceso, resurrección de una revolución cuando otra se inicia, pintura de los grandes ejemplos cuando la sociedad los ha menester y los exige, de todo hay en ese cuadro trazado á pinceladas patrióticas en las febres reminiscencias de la historia.

Herrera Toro haciendo de dibujante y biógrafo para que EL COJO ILUSTRADO honre sus columnas empleándolas en homenaje á Tovar y Tovar, adquiere título al aprecio de los venezolanos, porque él también es buen artista—tan modesto como bueno—y juez competentísimo para la estimación de lo que ha hecho el discreto renovador de los faustos acontecimientos de la República.

Centro del Táchira y Valle del Chama y Sierra Nevada

El señor Doctor Francisco de P. Alamo ha tenido la bondad de favorecernos con los dos mapas cuyos grabados publicamos hoy, y sobre los cuales hace referencia el expresado Doctor en su interesante artículo que precede, titulado "Terremoto de la Cordillera."

"Sevillanas"—Ilustraciones de Pons—"El pedazo de pan"—Ilustraciones de Romeu

A través de la larga distancia los dos artistas españoles se dan la mano en esta gimnasia de la especialidad en que son maestros.

A un artículo de Pardo, uno de Coppée; á las ilustraciones de Pons, las de Romeu; el arte y la literatura, recreo de la vista, solaz de nuestros amables lectores, y EL COJO sirviendo de vehículo á esas producciones del vario ingenio.

Caño Colorado, Puerto en el río Guarapiche—Maturín

No satisface, á los maturinenses ese puerto: júganlo insalubre, foco de la fiebre, que azota periódicamente á la región, y esto, aparte de la molestísima plaga, que es tormento del navegante, les hace suspirar por otra estación que consideran podría ser en el sitio denominado San Juan.

Damos las gracias á nuestro apreciado amigo, el Agente de EL COJO ILUSTRADO en Maturín, que ha tenido la bondad de enviarnos la fotografía, acompañada de atenta carta que no publicamos íntegra por no permitirlo la extensión limitada de esta revista.

Mendiga en oración

En los momentos calamitosos hay como una efervescencia de la fe religiosa; el convencimiento de la propia impotencia entra por mucho á

decidir de la confianza en una intervención providencial. Gracia suprema es esta! ¿Qué sería de los desheredados, de los afligidos, sin esa resignación que los aleja de caer en la desesperación?

Como en otras secciones de la República, en la de Maturín hubo días de espantosa desolación por la miseria. Todo había quedado arrasado por la langosta. Ni un grano en los sembrados, ni un fruto en los árboles; tristeza y ruina al propietario; mendicidad al jornalero; el hambre y la muerte; tales fueron los gajes de la plaga. El que había sido honrado y respetuoso, se hizo ladrón furtivo, buscando en las entrañas de la tierra no el oro que enriquece sino el tubérculo no desarrollado todavía que debía llevar á las familias los gérmenes de tenaz disentería.

A esa época pertenece el cuadrito de la "Mendiga en oración." Quién sabe si era honesta madre de familia, medrosa campesina de las que no se aventuran por la noche muy lejos del hogar! Pero ahora ahora está sola á campo abierto, destrozada, dolorida, y en su miseria pide al Cristo misericordia para ella y para el pequeño extenuado que duerme con sueño parecido al estertor cerca del madero milagroso.

Farmacia del señor Carlos Mohle

En la Avenida Oeste de Maturín está situada esta farmacia, cuyo buen nombre ha llegado hasta nosotros, gracias á la consagración é inteligencia de su estimable propietario, por quien hemos sido favorecidos con fotografías de aquella localidad.

Paso de la Puente

Días pasados publicamos varias vistas del Monical "Monagas" de Maturín. La del paso de la Puente viene á completar esa colección, que hemos tratado sea completa por la riqueza que denuncia de un producto no bien explotado todavía.

Miedo—Cuadro de Ehrlich

El cuadro de Ehrlich corresponde á un estado especialísimo de predisposición universal; estado patológico, á veces epidémico, cuya intensidad puede medirse ó por el tiempo de la causa productora ó por el de los estragos que ocasiona.

Parece que el autor ha elegido uno de esos instantes de sorpresa, de rápida perturbación interior que no dan lugar á otro recurso que el del arrepentimiento y la oración.

Así se ve como reduciéndose en sí misma la figura de la mujer que representa, como si ya pasado el susto, sólo temiera su repetición.

Capilla del Carmen, Mercado público, Casa de Gobierno y Catedral de Mérida

La catástrofe de Los Andes, que ha hecho vivir pendientes del telégrafo en espera de noticias y detalles, hace hoy interesante cuanto con la desgraciada región se relaciona.

De antes del terremoto son las cuatro vistas de Mérida que hoy publicamos y arruinada como ha quedado la ciudad, cuarteados sus templos, inservibles sus viviendas, procuraremos traer á este periódico algunas que reflejen la misera condición de los costosos edificios que hasta ayer no más fueron ornato de la antigua y renombrada capital.

Sobre Guayana

El señor Francisco Chartier, quien ha regresado á esta capital, después de haber explorado gran parte de nuestra Guayana, nos ha suministrado algunos datos concernientes á los lugares que él, y su hermano Federico, en unión del Pbro. Joaquín Rozo y otros venezolanos, acaban de visitar.

Tenemos especial placer en comunicarlos á nuestros lectores, reproduciendo además varias vistas fotográficas de las tomadas durante la expedición.

Los indios arecunas viven en la parte meridional de la Guayana Venezolana, sobre las márgenes de los ríos Supamo, Yurúan, Gualiche, Chicanang, Carrao y sus tributarios. El pueblo principal es "Camarata," situado á unas cuarenta leguas al Sur de la antigua misión de frailes franciscanos, llamada Avezchica.

Camarata se halla circunvalado por altas montañas de piedra, color gris, cortadas á pico. Estas, con sus formas geométricas, se asemejan en lejananza, á inmensas fortalezas feudales. Las tieras bajas están cubiertas con extensas sabanas, muy propias para la cría. Un río, llamado Akanán, corriendo de Sur á Norte, corta esas sabanas en dos secciones casi iguales. En ambas riberas del Akanán viven divididos en pequeños caseríos mil y pico de indios arecunas. Sus habitaciones están construidas con paredes de barro y techos de palmas cucurite, lo que las hace parecer mucho á ranchos venezolanos. Los terrenos son muy feraces; y las selvas vírgenes producen abundantemente el purgo, y preciosas maderas de corazón. La región toda es, además, esencialmente aurífera, y las quebradas encierran mucho oro de aluvión. Los ingleses visitan con frecuencia esos lugares, hacen regalos á los indios, los catequizan, escogiendo entre los jóvenes á aquellos más idóneos para hacerlos educar en Demerara. De tal modo, que varios hablan el inglés, sirven de intérpretes, y están investidos por las autoridades de la Colonia con el cargo de *Capitán* para la policía de los ríos.

Nuestros vecinos del Este codician este vasto Territorio Guayanés, por las inmenas riquezas naturales que encierra, y llegan sus pretensiones hasta querer adueñarse de toda la hoy comprendida entre los ríos Caroní, al Oeste y Orinoco al Norte. Si no se ataja pronto tan rápida y audaz usurpación, de aquí á muy poco tiempo la más rica Sección de la Guyana Venezolana caerá en poder de los invasores.

Ocho grabados de este número, darán á nuestros lectores una idea del aspecto de los indios arecunas.

La nueva estación inglesa sobre la ribera derecha del Cuyuni, fue establecida en el año 1891. Está situada precisamente en la desembocadura del Yuruari en el Cuyuni, dominando así á ambos ríos. Dista treinta leguas de El Callao, de tal modo, que con buena bestia, no es difícil ir de uno á otro punto en quince horas. Casi en frente, y como á trescientas varas en diagonal, se halla la estación venezolana sobre la ribera izquierda del Cuyuni. El ancho del río es ahí de 140 metros.

Tumeremo es un antiguo pueblo fundado por los misioneros, á 18 leguas al Noreste de la estación venezolana del Cuyuni, y á 15 leguas al Este de El Callao.

Suasua, fué un campamento en tiempo de los españoles, y se halla á diez leguas de nuestra estación sobre el Cuyuni. Hoy sólo existe ahí una quesera, casi abandonada por su propietario.

Señorita Adela Bati

ARPISTA DE LA ORQUESTA DE LA ÓPERA ITALIANA

Como un recuerdo de la velada que en su honor se efectuó en el Teatro Municipal en la noche del 21 de mayo, publicamos hoy el retrato de aquella célebre artista, á quien felicitamos por el buen éxito que obtuvo.

Artistas de la Compañía de Zarzuela

Nos habíamos prometido dar én el presente número los retratos de los nuevos artistas; pero habiéndonos llegado muy tarde las fotografías, no podrán ya salir sino en el número próximo.

DOLOR SUPREMO (*)

Callado y pensativo recorría
Del anchuroso mar la playa ardiente,
A la hora en que el vespertino se hundía
Tras las opacas brumas de occidente.

En torno de la luz que agonizaba,
El ángel de la tarde, soñoliento,
Su túnica de sombras desplegaba
Sobre el pálido azul del firmamento.

Radiantes de candor y de hermosura,
Del sol siguiendo las doradas huellas,
Timidas asomaban en la altura
Su argentada pupila las estrellas.

Y en el silencio plácido y bendito
En que se envuelven las nocturnas horas,

Algo como la voz del infinito
Preludiaban las ondas gemidoras.

Alberto, el ángel que en mi hogar anida,
Y que ha quedado, tras mi amargo duelo,
En el mar tenebroso de mi vida
Como faro de amor y de consuelo,

Indiferente á mi dolor seguía
Alegre y juguetón mi lento paso. . . .
Contrastes de la noche con el día:
Fulgur de aurora y palidez de ocaso!

Mirándome de pronto cara á cara,
Con el curioso afán de la inocencia.
De este modo exclamé, cual si intentara
A ruda prueba someter mi ciencia:

De su voz infantil quedo suspeso.
— "Papá," me dice al fin, "¿hay en el mundo
Algo más grande que este cielo immense,
Algo más hondo que este mar profundo?"

Cual si posible á mi infortunio fuera
Nuevo duelo añadir á mi quebranto.
Y cual si mano misteriosa abriera
Las contenidas fuentes de mi llanto,

— "Más profundo y más grande todavía
Que los cielos y el mar, responde á Alberto,
Es el dolor que siente el alma mia
Ante el recuerdo de tu hermano muerto!"

ALIRIO DIAZ GUERRA.

Caracas.

LOS POR QUÉ DE LA SEÑORITA SUSANA

POR
EMILE DESBEAUX

Continuación

La niña únicamente, confiada en las promesas del abuelo, conservaba la esperanza de que la cuestión «se arreglaría.» Por eso estaba contenta, y alegraba un poco á los demás con sus inagotables piques y sus ingeniosas reflexiones.

A los postres dijo la señora:

—Voy á deciros una cosa que me contraría bastante.

—¿Qué es? preguntó el marino.

—Que la niña tuvo anoche un sueño que la austó, una verdadera pesadilla. Esta mañana me llamó llorando y dominada por un gran terror. He aquí lo que había soñado.

Y refirió puntualmente el sueño de su hija.

—Era cosa convenida, añadió, que no se le contaran jamás á Susanita esos cuentos inventados y estúpidos propios para perturbar el entendimiento de los niños.

Es evidente que ninguno de nosotros le ha hablado de brujas que entran por los techos, que salen por las ventanas sin romper los cristales, que se llevan las niñas desobedientes y que cabalgan por las nubes en palos de escoba.

—¡Seguramente! respondieron todos á la par.

—Pues entonces, ella misma nos dirá quien le ha contado esos cuentos.

Aunque la niña había oido, no contestó.

—Vamos, continuó su madre, ¿ha sido Luisa?

—¡No! se apresuró la niña á responder; Luisa no!

—Lo creo muy bien, porque le he recomendado que no te hable de esas cosas, y una desobediencia de su parte me hubiera sorprendido. ¿Quién ha sido, pues?

—Francisca, murmuró la niña con pesar, adviniendo que por su confesión sería despedida la cocinera.

—¿Cómo! ¿Francisca?

—Sí, ayer estuve á decirle no sé que cosa á Luisa, cuando estaba ésta en mi cuarto. Luisa me dejó sola con ella, y en aquel rato me contó una historia de brujas muy parecida á mi sueño.

—Bueno, quiere decir que Francisca se irá hoy mismo de la casa; en cuanto á Luisa, no escapará sin una reprepción por haberse desviado.

A estas palabras de la señora agregó el marido:

—Y sobre todo, hijita, cuando oigas historias tan disparatadas, muéstrate más inteligente ne-

gándose á escucharlas ó burlándote de los narradores.

—Sí, papá! ¡No quiero volver á soñar nunca semejantes desatinos!

—Pasados unos instantes de muda reflexión, dijo la niña dirigiéndose á su padre:

—¿Por qué se sueña?

—Ah! dijo el marino sonriendo; era de esperar esa pregunta!

Y deseando distraer á Pablo, añadió:

—Pablo, ¿has oido? ¿por qué se sueña?

Pablo miró afectuosamente á la curiosa de su hermana, y dijo:

—¿Y por qué se duerme?

—Toma! porque se está cansado.

—Justo, eso es. Nuestros músculos y nuestros miembros, fatigados por el ejercicio del día, necesitan descanso por la noche; pero hay una parte de nosotros mismos que exige el reposo con más necesidad. Esa parte es el cerebro.

—¿El cerebro?

—Sí, el cerebro, una masa de tejido nervioso que tienes ahí detrás de la frente, y debajo del cráneo el cerebro que no ha interrumpido su tarea en todo el día, pues es el encargado de elaborar todos tus pensamientos y de ejecutarlos, el cerebro en fin que experimenta gran necesidad de sueño, quiero decir de reposo. Ahora bien, cuando el cerebro ha trabajado bastante, se pone á reposar. Y ese reposo del cerebro es lo que llamamos sueño.

Sin embargo, no todo reposa en nosotros cuando dormimos. Sigue latiendo el corazón. Nuestros pulmones siguen respirando. Pero no es el cerebro quien hace ejecutar esas delicadas operaciones, es otra masa de tejido nervioso, la médula espinal, que está dispuesta á lo largo de nuestra espina dorsal ó columna vertebral. Por consiguiente la médula espinal descansa apenas, pues se reduce á mitigar un poco los latidos de nuestro corazón y hacer que nuestros pulmones respiren más suavemente.

—Si descansara enteramente, dijo la niña, el corazón no latiría, dejaríamos de respirar y...

—Pasáramos de la vida á la muerte con una gran prontitud. Ya ves como la médula es de alguna utilidad.

—¡Ya lo creo!

—Pues sin embargo, sea cualquiera su importancia, no es más que una humilde servidora del señor cerebro.

—¿Servidora la médula?

—Sí. Ella envía en todas direcciones y por todas las diferentes partes de nuestro cuerpo, unos pequeños hilos compuestos de su misma sustancia y que se llaman nervios. Rozan á la piel y constituyen los órganos del tacto. Ellos son los encargados de apreciar el calor, el frío, la forma, la pensante de los objetos, y vas á ver como los nervios, la médula espinal y el cerebro se conducen recíprocamente los unos respecto de los otros:

Imagina que estás en la oscuridad y que quieras pasar de una á otra habitación. De repente, chocas ó tropiezas con una puerta cerrada. Buscas á tientas el pestillo, y los nervios que están en la punta de tus dedos acaban por sentirlo, es decir por encontrarlo.

—Y qué hacen? Avisan inmediatamente á la médula espinal que han tocado el pestillo.

También inmediatamente avisa la médula al cerebro que los nervios han tocado el pestillo y le pide órdenes.

El cerebro responde que se abra la puerta.

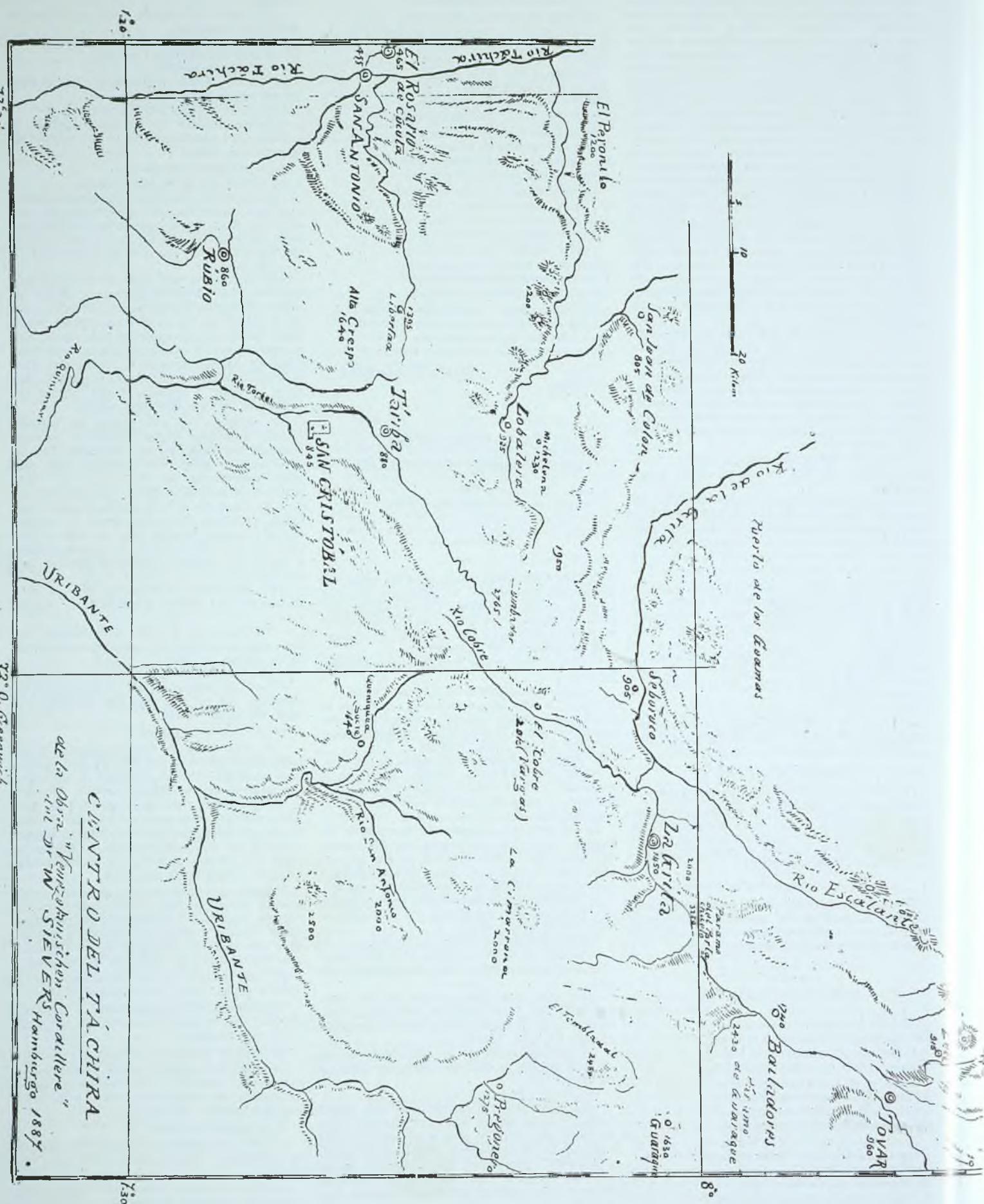
La médula transmite la orden terminante que emana del cerebro, y los nervios á su vez ordenan á los músculos del brazo y de la mano que levantan el pestillo.

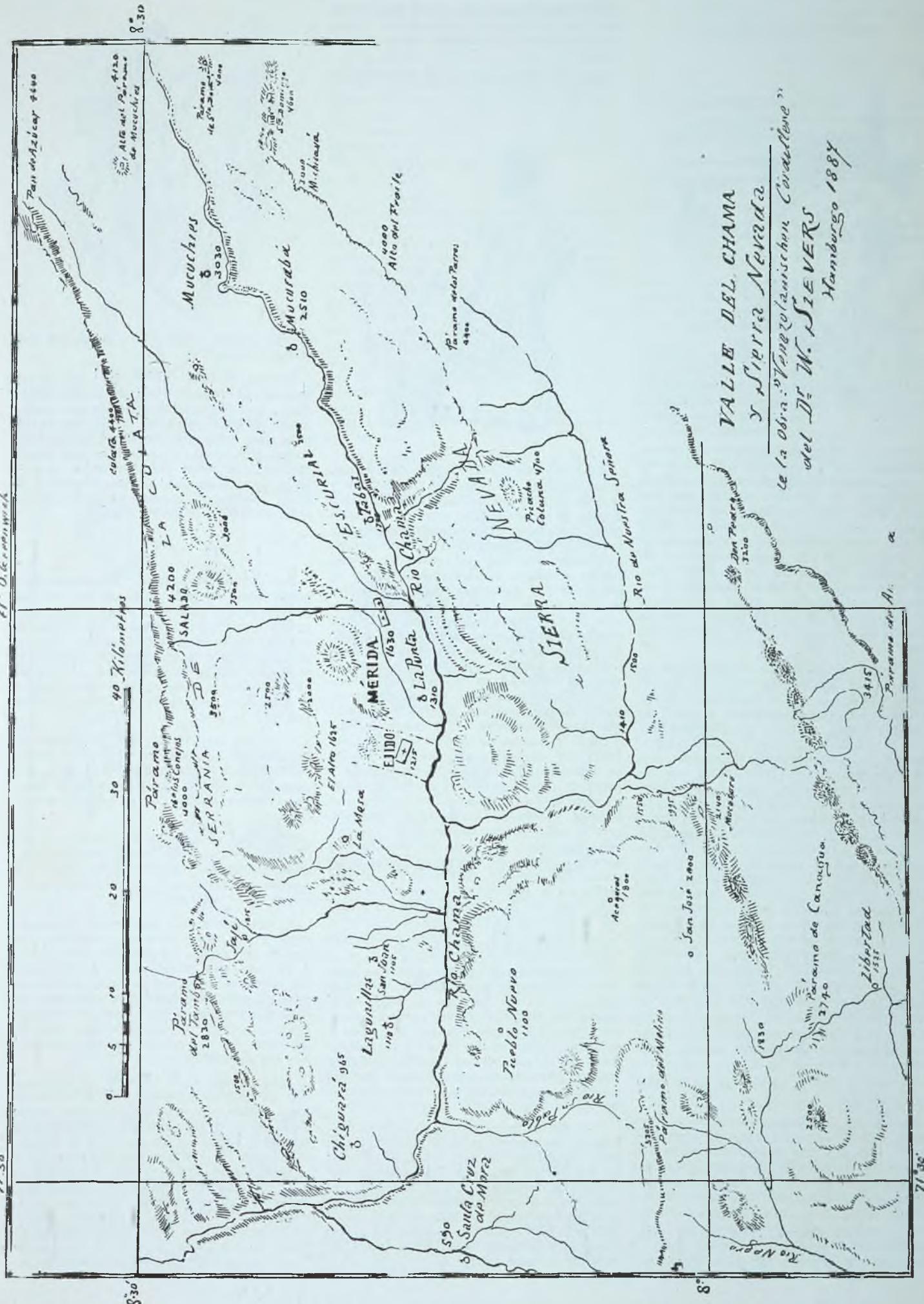
Y la puerta se abre.

—¡No sospechaba yo, exclamó la niña, que se necesitaran tantas cosas para abrir una puerta!

—¡Lo creo muy bien! dijo Pablo correspondiendo con una sonrisa á la exclamación de la pequeña. Vamos ahora al sueño y tomemos por ejemplo el tuyó.

Continuará





VALLE DEL CHAMA Y SIERRA NEVADA

SEVILLANAS



Hace una hora que Angel Pons y yo nos hemos separado en la Estación de Atocha después de tres días de feria en la histórica Sevilla....

Aún me queda en las pupilas el deslumbramiento del espectáculo; aún llevo en la imaginación medio esfumadas las curvas voluptuosas de aquellas espléndidas mujeres; aún tengo en los oídos como un lejano rumor de fiesta olímpica el ruído de las muchedumbres que aplauden, de las guitarras que se quejan cantando; de las alegres vibraciones de las castañuelas, de las ondulantes músicas flamencas y de aquellas melancólicas coplas que traen siempre reminiscencias de alguna tristeza agonizante ó dormida en los rincones del alma.

Así soñé yo á Sevilla arrullada por la musa de la leyenda, humanizada por el amor, glorificada por el épico clarín de las historias; así, con esas callejitas animadoras donde viven y pululan privilegiadas mujeres de gracia y hermosura; con los terrados de las casas henchidos de búcaros; con sus ventanas cruzadas por verdes enredaderas; con sus patios, como los de Caracas, abiertos á la luz del sol, poblados de macetas, de jazmines, de campánulas y madreselvas.....No fuí á Sevilla precisamente á ver la feria, sino á curiosear todo, monumentos, calles, parques y paseos; pero mi compañero dió al traste con mi itinerario y apenas si pude echar una ojeada, á la famosa Catedral cuya laberíntica estructura de yo no sé cuántos siglos atrás deja el ánimo suspenso; otra ojeada al *Patio de los Naranjos*, que está rodeado de estatuas y muros de fabricación árabe y otro al Alcázar, sitio de todo punto indescriptible en una crónica que solo se dedicará á la Feria.

Lo que sí quiero consignar es mi visita á la tumba del infeliz Gustavo Becquer.

La tumba del poeta no está muy lejos de la ciudad.

Se vá por una polvorosa carretera muy triste y muy solitaria.....y allá cerca de las blondas y á trechos verdosas orillas del Guadalquivir, rodeada por una pobrecita verja de hierro se ve la blanca losa que cubre las cenizas del doliente bardo de las *Rimas*

No recuerdo cuánto tiempo estuve allá, pero cuando regresaba á la ciudad, cuando empezaron á llegar á mis oídos semi-apla-

gados los delirantes gritos de la fiesta, sentí como un peso en los pulmones que no me dejaba respirar y balbucíe inconscientemente:

Dios mío, qué solos se quedan los muertos!



la crin postiza queda entre las manos del rústico embobado."

Es una pintura exacta de lo que acontece en los centros de *tratos* de la feria Sevillana; con la particularidad de que montando al rocín el hábil vendedor, aquél tiene más brios que un *cerrero* de nuestros llanos, porque en un cerrar de ojos le introduce á la bestia entre las orejas un puñado de alfileres que lo pone á piasar y á fingir "respingos" capaces de convencer al más entendido domador.

Las gitanas se adornan de piedras deslumbrantes; del pañolón hacen un maraña asombrosa que se cruzan sobre el pecho dejando la redonda garganta descubierta ó ceñida de collares de cristalería. En las puertas de sus tiendas ofreciendo baratijas y animando con guiños picarescos al extranjero las gitanas constituyen—según Pons—el verdadero peligro de la feria: él sabrá por qué lo dice.

Cerca de las jitanas, por lo general, se levantan las barracas churigueras, donde saltimbánquies, cancanistas y titiriteros ejecutan al ruido de los cascabeles y tambores, saltos dislocantes y bailes vertiginosos.

A trechos se ven las buñoleras con sus abigarrados trajes de percal, soplando afanas los anafes y pinchando las rosquillas que ofrecen *calentitas* y con inimitable zalamería á los paseantes.

Y arrullando todo este movimiento, de séres y de cosas, todo ese torbellino de coches que pasan, de caballos que trotan y de reses que mugen entre el ladrido de los perros, se oyen las murgas estridentes y las danzas cadenciosas y los pasacalles en boga y las coplas que jumbosas de los *cantaores*.....improvisadas entre una caña de manzanilla y un preludio de ritmos torturados por el tocador.

Junto á este suele verse á la bailarina con su traje característico, de faldas de colores ceñida, sin mantilla, con los brazos desnudos y el pelo sólida y artísticamente enroscado sobre la nuca..... Una atronadora salva de aplausos saluda á esta mujer cuando enarca el talle, echa los brazos en alto y comienza, esparciendo, agitando y desliando las relumbrosas faldas para darse esa serie de volteretas olímpicas y magistrales taconeos que constituyen el arte quintiescenciado, el arte prodigioso de Andalucía. Es el baile fantástico, aereo, de ra-

Flanqueando esas casetas como una enorme y culebreante cinta listada de oro y grana, se ven los fondines de vinos espumosos, las tabernas con sus apetitosos caracoles, las buñolerías con sus pequeñas y azuladas columnas de humo y los abrevaderos de ganado en los que la astuta y famosa gitana andaluza campa por sus respetos realizando negociaciones truhaneñas.

"Un día de feria—escribe un renombrado literato francés—es para el gitano lo que para los hechiceros una noche de sábado: en las manos de juglar del bohemio Rocinante se robustece como Bucéfalo. El rocín cansado que la vísperra arrastraba sus pezuñas cojeando se metamorfosea en corcel gallardo. Pero entre las rodillas del ginete comprador la bestia apócrifa se deseca; su gordura se funde como la nieve al sol y

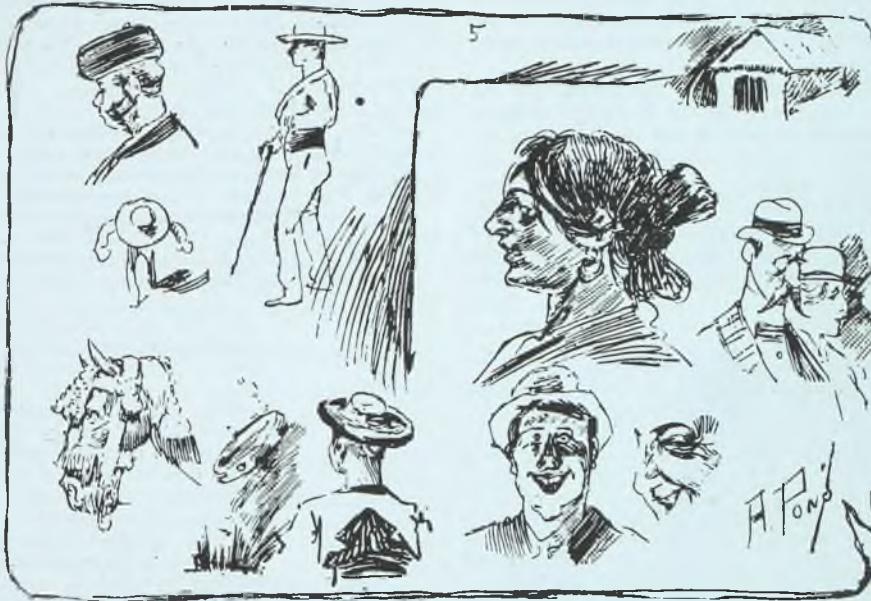


pideces increíbles, de ritmos y de rúbricas tantas veces descrito; pero hay que verlo, no adulterado en los teatros de la Corte, sino allí, en la tierra de María Santísima, donde la bailarina tiene más libertad ó

más conciencia, donde la tentadora languidez de los ojos y la sonrisa inimitable de los jugosos labios andan en complicidad con la música nerviosa; donde la mujer se transforma en ángel ó demonio ó no sé qué, cimbrando, ondulando y serpenteando la cintura hasta arrancar esos gráficos *Ole!*....*redios!*....*y viva tu mare!*.... y mientras al compás de las castañuelas habla, canta y frasea sus poemas coreográficos la suela del zapato.....

En el programa de *los tres días* se incluyen grandes corridas de cornúpcitos en las cuales figuran las primeras estrellas de la tauromaquia. Los héroes de pantalón ajustado de chaquetilla corta y de camisa his oriada exhiben sus erguidas personas desde temprano entre el mujerío de ronque y rasga. Y cuando llega la hora de corrida, es de ver la animación de las sevillanas que en esto le dan punto y raya á las madrileñas: flores, madroños, peinetas, bizarros mantones de largos y ondulantes flecos, en una palabra, el traje propio de la verdadera *torería* y la no menos verdadera y santísima locura que produce este espectáculo en España.

Luego, allá, por la noche, la muchedum-



bre invade la pradera espléndidamente iluminada y se entrega al canto, al baile, al juego y á la tertulia donde "se derrama la sal" y se prodiga la sonora carcajada; hasta que la fatiga y el Jerez rinden las almas y los cuerpos; las luces de los farolillos se agobian; las orquestas languidecen; las antorchas empiezan á humear y cuando las tenues claridades de la aurora

se dilatan sobre el campo, apenas se ve un extraño montón de telas, de mantas y de soñolientas cabezas que buscan apoyo en el espacio ó se enderezan de súbito al eco de alguna ronca petenera que se pierde entre las profundidades de las últimas sombras de la noche que se acaba.....

MIGUEL EDUARDO PARDO.

ACTUALIDADES

POR EUGENIO MENÉZ Y MENDOZA

Un caballero muy coloradote, con cara un poco avinagrada, vestido de blanco, ostentando una flor de mayo en el pecho y mencionando incesantemente con la diestra un enorme abanico de paja, se ha introducido familiarmente en mi estudio, diciendo entre dos resoplidos:—Adiós, amigo!

—Buenos días—contesté—con quién tengo el honor de hablar?

—¡Cómo! No me conoce U?

—Puede que sí; pero soy un poquillo des-

memoriado y no es extraño.....

—Soy el mes de mayo, caballero; y vengo á despedirme de U. hasta el año que viene.

—Muy señor mío. Que le vaya bien y..... hasta la vista.

—Lo dice U. con una cara!

—Con la que Dios me ha dado. ¿Cuál otra quería U. que tuviese para despedirle?

—Vamos, una más risueña para con quien se vá después de dejar flores en abundancia y.....

—¿Y qué más? ¡Iba U. á decir buenos recuerdos? Supongo que no. A menos que piense U. que lo de Los Andes es para recordado con alegría.

—Alto ahí: lo de Los Andes no fue obra mía, sino de mi predecesor; del mes de abril que es muy mal intencionado.

—Pero U. se encargó de traernos la noticia; y como si ello fuera poco traer, se nos vino con este calor que ya nos tiene abizcochados; pero no trajo lo que tanto necesitamos y tanto le hemos pedido: lluvia, lluvia, señor mío, para aplacar el polvo y refrescarnos. Con que ¿buenos recuerdos? Ya los tienen de U. los boticarios por el mucho bismuto que han vendido.

—Ingrato! Busqué U. en la memoria y no dejará de encontrar algún buen recuerdo mío.

—Tiene U. razón: bendigo siempre cierto día de U. al que está unido el más bello recuerdo de mi vida; pero no se trata de sus visitas anteriores, sino de esta que acaba U. de hacernos; ni se trata de mi persona, sino del público que está quejoso de U. y con razón.

—Y qué debo hacer para que no quede descontento.

—Recomendarle á su sucesor, al mes de junio, que nos traiga agua, que se lleve el calor, que haga convalescer á los que U. ha enfermado, que consuele á los tristes de Los Andes; y que, al ir á hacer el avío, cuide de no tomar de las arcas del tiempo y del destino sino cosas que vengan á sernos remedio y consuelo y no más catástrofes y desgracias.

—Así lo haré; pero crea U. que junio traerá lo que le den. Abur.

—Aguarde U.; una recomendación para el año que viene: que no encuentre U. aquí, cuando vuelva, á los ingleses. Vaya U. con Dios.

*
—No han oído ustedes á la Patti, á Gayarre, á Cherubini y otras *notabilidades artísticas*? —No? Yo tampoco. Pero, si ustedes quieren, pueden oír á aquellas tres celebridades por sólo tres reales cuando á todo el mundo le cuesta esto un ojo y parte del otro. La cosa sale tan barata en esta ocasión, porque no se trata de oír y ver á los artistas mencionados, sino sólo de oírlos, es decir, de aquello que debe costar más dinero, porque lo que vale en ellos es la habilidad artística. De modo que es lógico pensar que el mérito de tal habilidad está en esos señores muy por debajo del de sus personas físicas. Y si no, hágase la cuenta siguiente:

Por oír á la Patti sin moverse de Caracas—1 real.—Por oír y ver á la Patti en Europa ó los Estados Unidos—£ 1, amén del costo del viaje, etc., etc.

—Qué tendrá la Patti de particular en su persona, que cuesta tanto verla?

—Yo no me diga que las veces que oímos en el fonógrafo de la esquina de la Torre, no son la de la Patti y la póstuma de Gayarre. Sería necesario para convencernos de lo contrario que ellos mismos lo negaran y vayan ustedes á preguntárselo, sobre todo al último. Lo que soy yo no quiero á esa costa convencerme y sigo en mis trece. Como si me presentaran ahora un autógrafo del Czar de Rusia cuya respetable firma nunca he tenido el honor de ver. Nada: que tendrá aquello por de puño y letra del monarca si en ello no mediara sino la simple curiosidad.

Pero lo bueno no es oír á la Patti, ó á quien sea, en el fonógrafo, sino ver las caras de los que tienen las trompetillas del aparato dentro de las orejas, cuando el que maneja el célebre invento de Edison exclama, después de colocar el tubo:—"Romanza por Adelina Patti." Todas las sillas se acercan á la mesa, todas las cabezas se bajan, todos los entrecejos se contraen y todas las manos aseguran las trompetillas. El aparato chirrea primero; después se oye una voz de dama que dice algo en inglés; vuel-

ve á chirrear el aparato y se oye luego el canto de una mujer. Las cabezas se alzan, las miradas se buscan como preguntándose ¿será de veras la Patti? Uno levanta el lazo inferior en señal de duda. Otro cierra los ojos para concentrar toda la atención de los sentidos en el del oído, convencido de que está oyendo á la sublime diva. Un tercero deja escapar un suspiro de desconsuelo y arquea las cejas como si preguntara ¿y esto es la Patti? á lo que contesta un chusco: —Sí, hombre, pero la Patti de á real.

Sea lo que fuere, yo sostengo que he oido á la Patti.

Y va de cuenta.

Presentáronle un inglés á cierto caballero que nunca había salido dc Caracas, el cual, terminada la presentación dijo:

—Ya yo conocía al señor de vista: no recuerdo si le ví por primera vez en la Plaza de la Concordia, en el Coliseo ó en el Palacio de Cristal.

—¿Y usted haber estado en Oropesa? pregunta el inglés.

—No, señor. Pero tengo en casa un estereoscopio con vistas de todas partes; y me parece haber visto en uno de aquellos sitios una figurita muy parecida á usted.....

Si yo llegara á oír á la Patti y á hablar con ella le diría que ya conocía su vocesita.

*

En estos días se abrirá el Bazar organizado por varias respetables y caritativas señoras de Caracas, para socorrer con su producto á las víctimas del terremoto de Los Andes. Nadie debe quedarse sin enviar algún objeto como contribución á aquel filantrópico propósito, y menos sin ir á poner la buena ó mala suerte al servicio de tan levantado fin como es atenuar el rigor del infierno en aquellos desgraciados, súbita é inesperadamente sumidos en desgracia incomparable.

El buen éxito alcanzado otras veces por estos bazares benéficos hace esperar que del que ahora se lleva á efecto se obtendrá el resultado positivo que todos deseamos, tan necesario á nuestros afligidos hermanos de Los Andes.

Deseo que el éxito sobrepuje á todas las esperanzas.

*

En nombre de la Empresa de El Cojo ILUSTRADO y por mi propia parte envío á varias respetables familias un recuerdo de condoleancia en los dolorosísimos momentos por los cuales les hace pasar la muerte de muy distinguidos y queridos miembros de ellas.

Con días de diferencia han desaparecido en la última quincena de mayo las siguientes personas:

El joven Roberto E. Basalo, arrebatado por la muerte á su familia en los más risueños años de la vida, cuando empezaban á cuajarse en fruto las flores de esperanza de los padres, ahora desolados.

El señor Andrés Entrena, joven y distinguido caballero, hijo del Táchira, que falta á deshora y para siempre del hogar recién formado en el seno de nuestra sociedad, ligado á una familia respetable á quien también hirió la pérdida del joven Basalo.

La señora Luisa Marxen de Elizondo, virtuosa, culta y distinguida dama, madre de numerosa familia. Esta desgracia lleva el luto á no corto número de familias respetables con aquella noble dama emparentadas; y affige á la mayoría de las que forman nuestra selecta sociedad, donde sus altas prendas privadas y sociales le granjearon muy numerosas y buenas relaciones. Duradero habrá de ser el grato recuerdo de la esposa del señor don Luis Elizondo.

El señor don José Aniceto Serrano, anciano respetable, hijo de Maracaibo, persona que figuró años atrás en alta escala en la

política, hombre por múltiples razones respetable y que sólo deja herencia de honra.

El señor José A. Alvarado, joven á quien lloran, con sus afligidos padres, sus numerosos amigos, los que tuvieron ocasión de apreciar las prendas de su carácter.

Las niñas Mercedes Amalia y Estradela, hijas del Sr. Dr. Eduardo Espelozín, á quien faltan hoy esos dos ángeles en el coro de los que cantan las íntimas dichas del hogar.

*

La Empresa de El Cojo ILUSTRADO se complace en manifestar, por mi órgano, su gratitud á los colegas de la prensa por la honorífica mención que varios de ellos se han dignado hacer de este periódico en diversas ocasiones.

Al *Diario de Avisos* que siempre tiene para nosotros palabras de aplauso y de aliento; á *El Tiempo* y el *Diario de Caracas*, que dan de ordinario cuenta de nuestra salida y registran á las veces nuestro Sumario con expresiones que nos honran; á *El Imparcial* que desde su aparición saludó á El Cojo ILUSTRADO en términos que mucho le agradecemos y haciendo justicia á nuestros esfuerzos en favor de la industria y de las letras patrias; y señaladamente á *Las Tres Américas*, de Nueva York, que casi siempre trae para nuestra publicación frases de encanto que revelan toda la hidalgüía de quien nos las dedica; y á todos los demás periódicos que han tenido para éste generosa voz de aliento, les protestamos nuestro íntimo agradecimiento.

Es esta la ocasión de manifestar que El Cojo ILUSTRADO envía el cange á todos los periódicos de Caracas y á muchos del exterior, de acuerdo con el propósito principal de la Empresa, que es servir á la industria, á las Artes y las Letras patrias, sin otro interés que el beneficio que ellas puedan reportar de la publicación constante y la mayor circulación de un periódico de las condiciones del nuestro.

EL MILLON DEL TIO RACLOT

POR

EMILIO RICHEBOURG

Continuación

—Está bien. ¿Qué quiere usted hacer?

—Merced á la instrucción que recibí en esta casa, obtuve el título de institutriz; pues bien: quisiera consagrarme á un mismo tiempo al servicio de Dios y á la enseñanza. Tal vez no tenga usted aquí una clase de párvulas que confiarle; pero he pensado que, recomendada por usted, la Superiora general consentiría en colocarme dentro de alguno de los colegios de señoritas que están bajo su alta y benévolas dirección. Quisiera también llevar desde mañana el hábito de las novicias, y prepararme para tonar el velo tan luego como se me juzgue digna de ello.

—Hija mía, respondió la religiosa: tendrá usted aquí una clase de niñas, lo cual, según es mi deber, pondré en conocimiento de nuestra Superiora general, quien, como la conoce á usted, contestará satisfaciendo nuestros deseos. Va usted, pues, á permanecer con nosotros y llevará el hábito de novicia. Lo de la toma del velo ya es otra cosa, porque nada me dice que éste usted llamada á ser una fiel servidora del Señor. Para entrar en la vida religiosa prometiendo eternos votos, hace falta vocación. Hay sacrificios que Dios no acepta, porque quiere corazones que sean totalmente tuyos, y el de usted, hija mía, ya está dado. Haremos durar mucho tiempo el noviciado, pues algo me dice que las tijeras, no harán caer esos cabellos sobre las losas del santuario.

Marta inclinó la cabeza, y sus lágrimas corrían con más abundancia.

—Madre, exclamó la joven ardillándose ante la venerable Superiora: ¡bendígame usted!

La religiosa tomó en sus manos la cabeza de la joven, besó su frente y dijo muy conmovida:

—He aquí mi bendición, hija mía; pero la tiene usted mejor, porque tiene la de Dios.

Y añadió con tono de firme y dulce autoridad:

—Levántese usted, Marta, levántese y seque esas lágrimas.

Levantóse el'a á su vez y agitó el cordón de la campanilla.

Casi al instante apareció una lega.

—Hija, le dijo la Superiora, dentro de poco entrarán las niñas en el recreo; vaya usted á decir á sor Angela que llame á todas nuestras hermanas á la sala de recepción, y cuando estén reunidas, venga usted á decírmelo.

La lega hizo una profunda reverencia y se retiró.

Un instante después, sintióse la campana que anunciable la salida de las clases, y, al cabo de algunos minutos, volvió la lega diciendo:

—Madre, nuestras hermanas están ya reunidas.

Entonces la Superiora, dirigiéndose á Marta, añadió:

—Venga usted; voy á llevarla á presencia de nuestras hermanas.

A excepción de las legas, toda la Comunidad, dieciocho dominicas, esperaban de pie, en la sala de recepción, silenciosas, y contentándose con cambiar rápidas miradas.

Evidentemente, una gran revelación iba á hacérseles, relativa á la antigua colegiala que estaba conferenciando con la madre Superiora.

Cuando ésta entró en la sala, conduciéndo á Marta de la mano, todas las cabezas se inclinaron.

Mis queridas hermanas, manifestó la Superiora, por varias razones que no deben ustedes de



SRTA. ADELA BATTI

saber, la señorita Marta Raclot renuncia á casarse con D. Jorge de Santenay, enlace que, como ustedes saben, estaba muy próximo.

La señorita Raclot, hermanas más, desea consagrarse á Dios, y dedicarse, como ustedes, á la enseñanza de las jóvenes cristianas, confiadas á nuestros cuidados. Esta señorita me ha manifestado su deseo de estar con nosotras pasando aquí su noviciado y tomando parte en nuestras enseñanzas; puede hacerlo, pues que tiene su título de capacidad. Hoy mismo escribiré sobre este asunto á nuestra Superiora.

Sor Angela, que profesaba á María particularísimo afecto, echóse á llorar, comprendiendo que si la joven no se casaba, sería por algún acontecimiento grave y doloroso.

Algunas otras religiosas dejaban escapar sus lágrimas.

Dirigiéndose á una de las más jóvenes, dijo la Superiora:

—Sor Luisa, usted tiene en su clase treinta y cinco alumnas, con las cuales hemos formado tres secciones. Desde mañana la señorita de Raclot dará, en compañía de usted, la sexta clase, y cuando se haya recibido contestación de nuestra Superiora general, estableceremos para Marta una séptima clase, con la segunda y tercera sección de la sexta, compuesta de veinte alumnas.

Dicho esto, Sor Angela pidió permiso, por sí y por las demás hermanas, para abrazar á la nueva institutriz.

En seguida y antes de que la campana llamase á religiosas y educandas al reectorio, la Superiora condujo á Marta al cuarto que debía servirle de celda.

Algunos días más tarde, Marta llevaba el hábito de las novicias de la Orden de Santo Domingo.

IX

Aubécourt y sus alrededores eran un semillero de comentarrios y maledicencia.

Según Marta había previsto, nadie titubeaba en afirmar que la ruptura de las relaciones fué debida á que el general de Santenay y su hijo llegaron á saber quién era Mathurin Raclot.

Y como hay gentes que suplen con invenciones lo que ignoran, contábese que, cuando el anciano General supo todas las picardías del usurero, púsose tan furioso, que sufrió un fuerte acceso de goza.

Después de todas las habladurías, decíase para concluir:

De todos modos, el noble D. Jorge de Santenay no podía casarse con la hija de ese granuja.

Marta había salido brusca e inesperadamente del pueblo.

¿Acaso podía permanecer en Aubécourt, después de su aventura? No tenía más remedio que ir á ocultar su vergüenza en cualquier parte.

¿Adónde había ido?

Sobre este punto existían diferentes pareceres.

Unos pretendían que fué á París, donde se consolaría fácilmente, llevando una vida llena de diversiones.

Otros, con aire misterioso, decían que no pudo ser esposa del ingeniero, era simplemente su querida.

Otros, por último, no temían afirmar que la

hija de ese malvado Mathurin Raclot había huído con el oficial del notario señor Rousselet.

Este oficial iba á menudo al castillo para conferenciar con el señor Raclot, antiguo cliente del Notario, y dos ó tres veces lo habían visto hablando con Marta. Esto no significaba nada absolutamente; pero lo que daba más visos de verdad á tan monstruosa suposición, era que el tal había dejado el estudio del señor Rousselet, sin decir adónde iba, la víspera precisamente del día que Marta salió de Aubécourt.

Verdad es que todas estas habladurías encontraban incrédulos; pero la pobre muchacha no quedaba por eso menos vilipendiada y arrojada en el fango.

La anciana nodriza oía los cuentos de los unos, los chisnes de los otros, y las maldades de todos. Enfureciérase por no poder saltar al cuello de los imbéciles que vomitaban las más groseras injurias contra la pobre joven; pero Marta le había mandado que callase y no tomara su defensa.

¡Ah! Si ella hubiese podido hablar, ¡qué pronto habría impuesto silencio á los malvados!

Abandonábales de buen grado al señor Raclot; podían decir de él lo que quisiesen; esto la tenía á ella sin cuidado; pero tocar á Marta, man-

char, como lo hacían, la reputación de aquella infeliz criatura alimentada á sus pechos, cosa era que no perdonaría nunca.

¡Y tenía que callarse!

Y, con su silencio, parecía formar causa común con aquellas lenguas viperinas.

La pobre mujer sufría más por tener que callarse, que por las cosas que oía decir, y á las cuales podría dar cumplida respuesta.

No cesaba de preguntarse á sí propia:

—¿Dónde estará Marta ahora? ¿Qué hará? ¡Oh! ¡Qué triste debe hallarse! ¡Cuánto debe llorar!

Sin embargo, tranquilizábale, porque sabía cuán grande era el afecto que las dominicas profesaban á su antigua alumna, y á buen seguro que no lo abandonarían. Además, Marta era un ángel, y Dios haría algo por ella.

La tía Laugier era indulgente y buena; jamás había sentido en su corazón odio alguno; mas, esto no obstante, se dejaba llevar por la cólera contra Mathurin Raclot, y lo maldecía.

Continuará.

Los médicos acogen con entusiasmo la "Emulsión de Scott," pues encuentran en dicha preparación un agente precioso e infalible para combatir todas aquellas enfermedades que reconocen por causa el empobrecimiento ó debilidad de la sangre, y para destruir los gérmenes de la tisis y demás enfermedades del aparato respiratorio.

Cochabamba, Setiembre 24 de 1893.
Señores Scott y Bowne, New York.

Muy Señores míos: La afamada preparación "Emulsión de Scott" de aceite de hígado de bacalao, que tanta reputación ha adquirido, aún en regiones muy remotas, me era ya conocida. La he usado y continuaré usándola en todos los casos para que está indicada, guiado por la experiencia de sus excelentes resultados, de modo que su magnífico preparado tiene desde luego mi más entusiasta acogida.

Soy de Uds., con la mayor consideración,
Atto, S. S.,

DOCTOR AURELIO ARAOZ.

"MAS VALE TARDE QUE NUNCA"

Es un proverbio sabio; pero es mejor hacer las cosas á tiempo. Muchos tísicos y otros enfermos, encontrándose ya dispuestos á abandonar toda esperanza de vida, han hallado alivio y aún curación usando la Emulsión de Scott; pero en algunos casos era ya tarde para lograr una curación rápida. La

Emulsion de Scott

arranca el maíz de raíz, especialmente usándola á tiempo, cuando comienza la debilidad ó pérdida de carnes. No hay caso de debilidad ó extenuación que resista á este preparado que produce fuerzas y crea carnes.

Así lo atestiguan millares de médicos que la recetan en casos de Tos y Catarros, Debilidad Pulmonar, Anémia, Escrófulas y Raquitismo.

La legítima lleva en la cubierta la etiqueta del hombre con el bacalao á cuestas.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS,

SCOTT y BOWNE, Químicos, Nueva York.

No hay emplasto poroso como el "Excelsior."



VERDADERAS PÍLDORAS del DR BLAUD

Están empleadas con el mayor éxito desde mas de 50 años por la mayor parte de los Médicos Franceses y extranjeros para curar la **ANEMIA, CLOROSIS (colores palidos)**, y facilitar el **Desarrollo de las jóvenes**.

El hecho de estar estas Píldoras insertadas en el nuevo **Codex Francés**, y su eficacia reconocida por el **Consejo de Higiene del Brasil**, y su venta autorizada, nos dispensa de todo elojo.

Enfata el nombre del Inventor grabado sobre cada Píldora como mas abajo.

DESCONFIÉSE DE LAS IMITACIONES

NOTA.— Las Verdaderas Píldoras del **DR Blaud** no se venden nada mas que en frascos y medicinas fráscos de 200 y 100 Píldoras, pero nunca al por menor.

PARIS, 8, RUE PAYENNE.— DÉPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS

**EPILEPSIA
HISTÉRICO
CONVULSIONES
ENFERMEDADES
NERVIOSAS**

*Curación frecuente!
Alivio siempre!*

CON EL USO DE LA
SOLUCIÓN ANTI-NERVIOSA
DE
Laroyenne

VENTA POR MAYOR
PARIS, 7, Boulevard Denain, 7, PARIS
FARMACIA DUREL

DÉPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS

Aceite de Hígado de Bacalao
DEL
DOCTOR DUCOUX

Iodo - Ferruginoso,
al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga

Los Médicos no vacilan en dar la preferencia, cuando se trata de curar las
**ENFERMEDADES DE PECHO
LAS ESCRÓFULAS, EL LINFATISMO
LA ANEMIA, LA CLOROSIS, etc.,**

al ACEITE de HÍGADO de BACALAO del Dr. DUCOUX, Iodo-Ferruginoso, al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga, porque no tiene ésta preparación ningún sabor desagradable y porque su composición la hace sumamente **tónica y fortificante**.

Depósito General : 7, Boulevard Denain, en PARIS

Se halla en todas las principales Farmacias y Droguerías del Universo.

Desconfíese de las **FALSIFICACIONES & IMITACIONES**

**PERFUMERIA ORIZA
J. L. LEGRAND
II, Place de la Madeleine, II
PARIS**

ULTIMAS CREACIONES
Productos
DATURA INDIEN

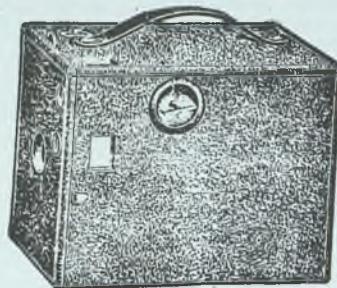
Esencia DATURA INDIEN
Polvo de Arroz. DATURA INDIEN
J. bon. DATURA INDIEN
Agua de Tocador DATURA INDIEN
Aceite DATURA INDIEN

Sachets Oriza Solidificados
ELEGANTES TABILLAS
16 OLORES EXQUISITOS.

EN TODAS LAS PRINCIPALES CASAS DE LA SUR-AMERICA.

SUPLICA

Se desea saber el paradero de los señores Sebastián Gil y Jovellar y Agustín Barrau y Gil sobrino de aquél. Ambos residían en San Fernando de Apure en donde tenían negocios en sociedad. Nuestro corresponsal en Barcelona de España nos pide este informe para trasmirlo á la atribuida familia de aquellos señores. Suplicanlos á nuestros agentes y suscriptores del interior de la República se dignen darnos algún informe si pudieren hacerlo.



CAMARA BOLIVAR DE VENTA EN EL COJO

Cualquiera puede aprender á tomar buenos retratos en quince minutos con esta Cámara.

**INJECTION
CADET**
CURA
CIERTO Y INFALIBLE
EN TRES DIAS
Ph. B. Denain 7
PARIS

DÉPÓSITOS EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

MEDALLAS DE ORO
en las Exposiciones Universales de
Paris 1878-1889
Burdos, DIPLOMA DE HONOR en la Exposición de 1882

PRUNES D'ENTE
Ciruelas Ingertas

J. FAU
Burdos (Francia)

Se desea pasarlo bien sirva comer cada dia Ciruelas deliciosas J. FAU